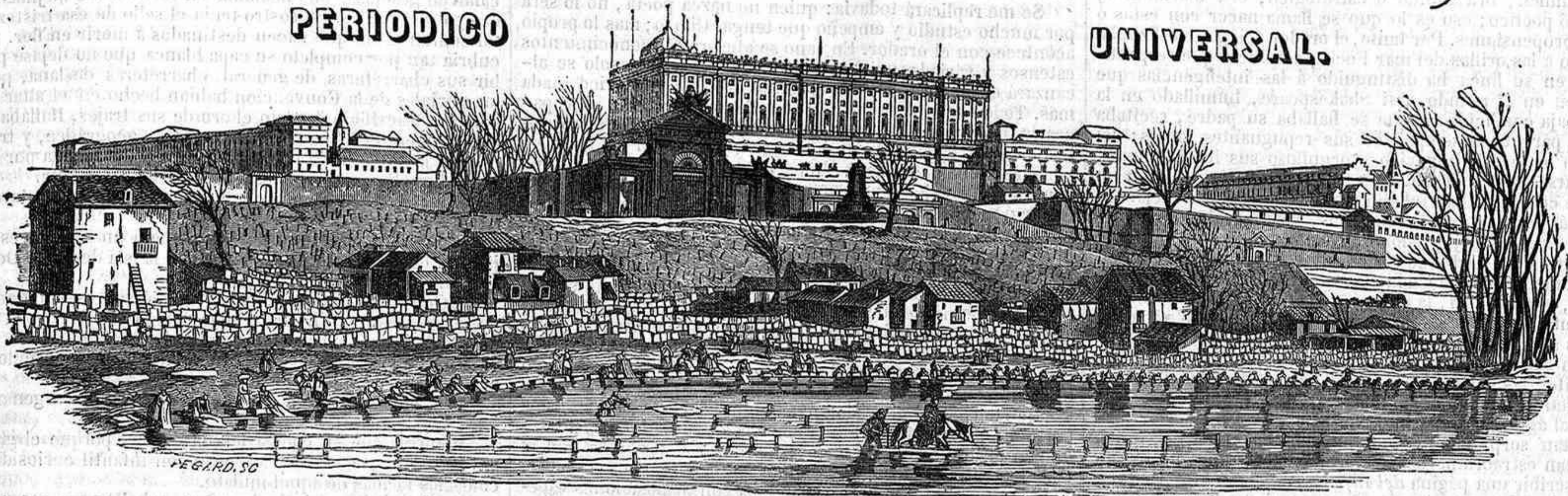


LA ILUSTRACION,

PERIODICO

UNIVERSAL.



MADRID: MES 6 RS.—TRES 16.—SEIS 30.—AÑO 50.
Número suelto 4 rs.

NÚM. 46.—SÁBADO 13 DE NOVIEMBRE DE 1852.
MADRID.

PROVINCIAS: MES 2 RS.—TRES 20.—SEIS 40.—AÑO 60.
Estranjero: AÑO 80.

BENDICION DE LA FORTALEZA DE ISABEL II.

El 10 de octubre de 1852 fué el día destinado para la bendición de la fortaleza de Isabel II. Las diez de su mañana serían cuando el vapor de guerra *Piles* recibió á su bordo al ilustrísimo señor D. Miguel Salvá, obispo de Mallorca, al escelentísimo señor capitán general D. Fernando Cotoner, al gobernador civil y á todas las demás autoridades, así civiles como militares, jefes de superior graduación, individuos de corporaciones, etc., etc. Aumentaban tan escogida comitiva la presencia de un crecido número de señoras, entre las cuales se veían las del capitán general, gobernador civil y regente.

Seguido de tan brillante cortejo penetró el capitán general en la nueva fortaleza. Allí le recibieron con arreglo á ordenanza los cuerpos que guarnecen la isla, y por entre las dos filas abiertas formadas en ala, que se estendian desde la magnífica puerta del fuerte hasta el cuadrado trazado en el centro del mismo, se dirigió al suntuoso templete que descollaba en medio del cuadro, y dentro del cual se veía la capilla en que debía celebrarse el santo sacrificio de la misa. Las autoridades y corporaciones ocuparon entre tanto una lujosa tribuna levantada en frente del templete, y en otras dispuestas en ambos lados se colocaron las demás personas convidadas.

Revistiose de pontifical el señor obispo, asistido de los eclesiásticos de su séquito y del clero de esta isla, y la ceremonia tuvo principio con la bendición de la fortaleza y de cada una de sus baterías, verificada sucesivamente desde los cuatro ángulos del cuadro, en cuyos flancos, descritos por varias hileras de tiendas de campaña, se hallaban formados ya los cuerpos de la guarnición, que eran los siguientes: dos compañías de Zapadores; tres de artillería; regimiento de la Union número 28; primer batallón de Isabel II, número 32; batallón de Cazadores de Tarifa, número 6; batallón de Cazadores de Arapiles, número 11.

A la bendición de la fortaleza siguió la de la bandera que debía tremolar en breve sobre sus muros, y este fué uno de los actos mas interesantes de la funcion. Dada por el capitán general la voz de «presenten las armas», pronunció el señor obispo la oracion prescrita por el ritual.

Arrodilose acto continuo su escelencia, y entregándole su ilustrísima la bandera, le dirigió estas frases, prescritas tambien por el ritual:

«Recibe esta bandera, santificada con la bendición del cie-

lo, y sea terrible para los enemigos del pueblo cristiano, y concédete el Señor su gracia para que en su nombre y á su honor, ileso y seguro, penetres poderoso las huestes enemigas.»

Dióle al concluir el ósculo de paz, acompañado de las palabras «la paz sea contigo», y levantándose el capitán general, colocó doblada la bandera sobre una mesa dispuesta al efecto, y situose á su inmediación, en la parte superior de la gradería del templete, desde donde dirigió á las tropas las voces de mando. A su ejemplo se hallaron espada en mano, formando dos hileras á cada lado del templete, el gobernador de Mahón, los jefes superiores de varias armas é institutos militares, el gobernador de la fortaleza, varios oficiales de estado mayor y otros, y así permanecieron durante la misa, que celebró de pontifical el señor obispo, y cantaron la música de la capilla y los individuos de la compañía lírica.

A los divinos oficios siguió el canto del *Te-Deum*, y después de concluido se dirigió el capitán general, las demás autoridades, la comitiva, y el numeroso pueblo que discurría por las estensas llanuras que contiene la fortaleza, á la hermosa y fuerte batería donde ha sido colocada el asta de bandera. Allí fué llevada esta en una bandeja por el brigadier comandante general de la isla, escoltada por una guardia de honor, compuesta de oficiales, y por las compañías de zapadores, que formaron al pié del asta, en donde se hallaban el capitán general, el obispo, el gobernador de la fortaleza y las autoridades. Tomó su escelencia el estandarte, lo enarboló, y al verlo tremolar en lo alto del elevado mástil, dirigió lleno de emoción y de entusiasmo á los batallones allí formados una alocucion patética, elevada, propia de la situación, y concluyó con un «¡viva la Reina!»

Millares de voces repitieron tan simpática aclamación, y doscientos cañonazos fuéron el juramento de inalterable lealtad que en aquel acto mismo prestó la fortaleza de Isabel II á la Reina magnánima que ha querido enaltecerla con su nombre augustó.

En medio del estrépito de las baterías regresaba toda la comitiva á las tribunas, y poco después se trasladaban al espacioso parque de artillería, cuyas puertas se abrian para ofrecer á los convidados un espléndido *buffet*. Magnífico era el golpe de vista que ofrecia el interior de aquel edificio, decorado con el mas exquisito gusto. Los escudos de armas de las provincias españolas campeaban sobre las vistosas telas que cubrian las paredes: descollaban entre todas las armas reales, y llamaban especialmente la atención las de la familia

Cotoner, que la galantería de los artilleros habia colocado en aquel sitio. El ambigü fué opíparo y bien servido, y con los mas delicados manjares alternaron vinos no menos exquisitos.

Al mismo tiempo era servida á las tropas en los campamentos y á los trabajadores en otro sitio de la fortaleza, una abundante comida.

Después de un largo descanso formaron de nuevo las tropas, y revistadas que fuéron en gran parada por el capitán general, desfilaron por delante de la tribuna del centro, en la cual se habia colocado su escelencia, retirándose en seguida á los campamentos, y las autoridades, convidados y pueblo á la plaza de Mahón, ya en el vapor de guerra *Piles*, ya en numerosos botes que constantemente surcaron aquel día las aguas del afamado puerto.

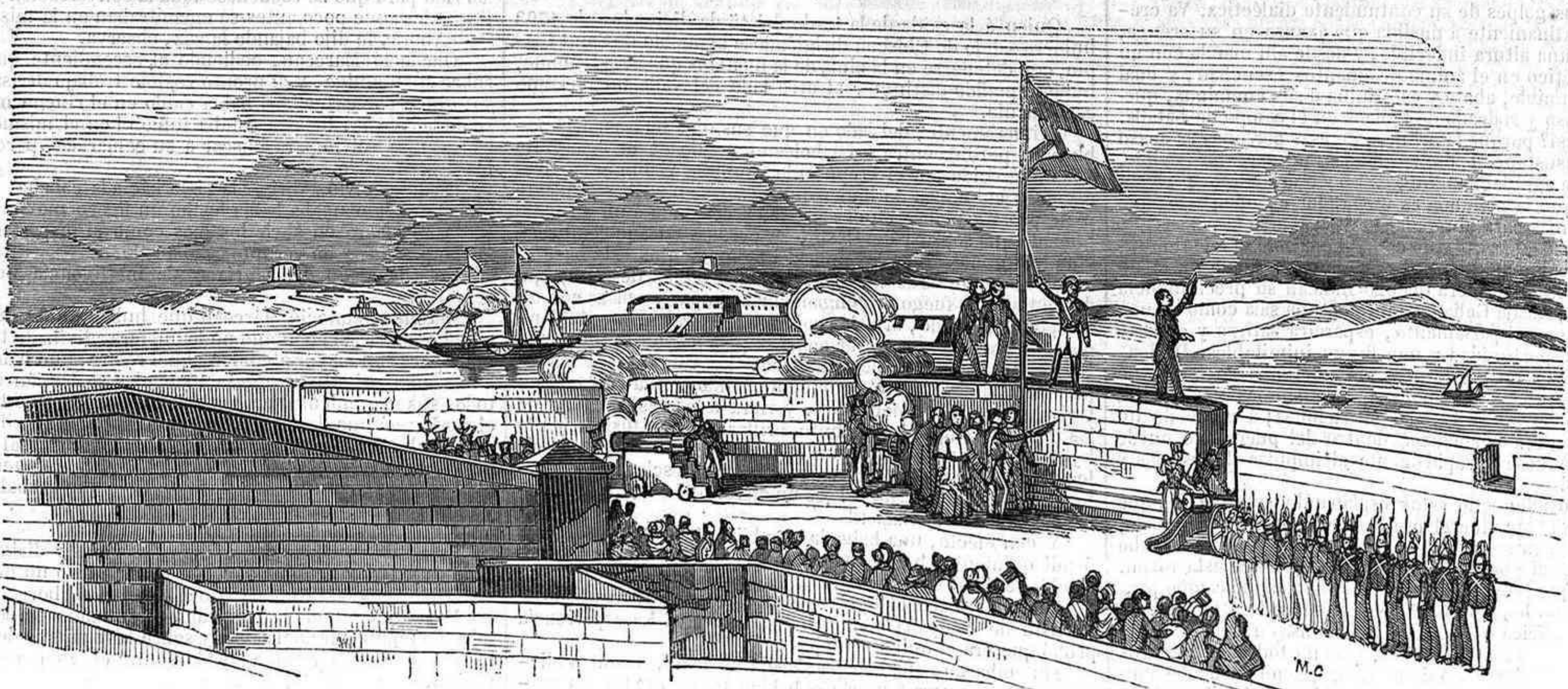
Tal fué la magnífica fiesta con que se solemnizó la bendición de la fortaleza de Isabel II.

POESIA.—ELOCUCION.

ARTÍCULO SEGUNDO.

A consecuencia de las razones espresadas en el artículo anterior, hay pueblos que no han producido un poeta; parecen condenados á la esterilidad y á la impotencia en las obras de la imaginación. Por el contrario, hay regiones destinadas á ser la cuna de poetas eminentes, que forman época en la historia de la literatura; regiones un tanto semejantes á esos verjeles en que se reúnen las flores mas hermosas y delicadas.

Corre muy válido el dicho de que el poeta nace y el orador se hace. Yo no lo creo así, y como esta opinion aparecerá desacertada á primera vista, es preciso entrar en algunas esplicaciones. Yo estoy persuadido de que lo mismo el orador que el poeta, nacen y se hacen. Comprendo la fuerza del argumento que puede alegarse: que Demóstenes, á pesar de ser tartamudo, superó todos los obstáculos, con su voluntad firme y constante. No presto entero asentimiento á esta noticia. Si la tartamudez fuese incurable, jamás llegaría á ser orador, como un cojo no será bailarín por mas escuela que tenga. Si no era incurable, segun debe suponerse, una vez que le pasó con méterse piedrecitas en la boca y otros medios, esto prueba á mi favor, porque revela que aquel hombre ilustre se reputaba con cualidades y elementos nada comunes para conseguir su objeto, y en su virtud se empeñaba en poner espedita



Vista de la fortaleza de Isabel II en el día de su inauguracion.

la pronunciación. Este presentimiento pues, esta voz interior que grita: «sigue esta senda: he aquí tu destino y tu porvenir;» ese *quid*, llámese como se quiera, disposición, genio, númen, ora militar ó estratégico, ora filarmónico, artístico ó poético; eso es lo que se llama nacer con estas ó las otras propensiones. Por tanto, el orador griego se esforzaba perorando á las orillas del mar Focio; conducta que respectivamente en su línea ha distinguido á las inteligencias que sobresalen en el mundo. Así Shakespeare, humillado en la triste y baja condición en que se hallaba su padre, recitaba versos á par que desempeñaba sus repugnantes tareas; así Rousseau proseguía impávido y orgulloso sus inspiraciones, sin cuidarse de los desengaños de sus maestros, que en un tiempo le conceptuaban inhábil para las letras; así Alejandro Dumas, á poco de residir en París, vislumbraba en lontananza su celebridad y predominio en el teatro, no obstante los desaires y las burlas de sus jefes y compañeros de oficina.

Ciertamente mucho valen el estudio, el trabajo, la perseverancia, la asiduidad, la energía. A estas prendas se deben los adelantamientos y los prodigios del siglo en que vivimos. Con ellas se colman y desaparecen los precipicios, se hunden ó aplanan las montañas, se sondan los abismos del Océano, se transmiten las ideas y las palabras con la celeridad del rayo, se recorren los incommensurables espacios del horizonte, arrebatando al águila el imperio de los aires. Podemos estar ufanos de tan sorprendentes conquistas. Sin embargo, quien verifica tan extraordinarias transformaciones, quizá no es capaz de escribir una página del *Infierno* ó del *Paraiso perdido*.

Esto significa que el poeta nace, pero también se hace. Verdad es que para componer una poesía suelta ó ligera, para ser un coplero ó poetaastro, para ser simplemente versista ó metrificador, bastan la predisposición, la facilidad natural, á lo mas una superficial lectura. Mas esto no es el poeta, el que merece realmente semejante dictado, el que aspira á ser inscrito en el templo de la inmortalidad. Para llegar á este punto se necesitan vasta y sólida instrucción, largos y provechosos viajes, profundos conocimientos, especialmente del corazón humano y de la sociedad. El talento mas aventajado, reducido á sí solo, no arribará á la cumbre de la gloria; únicamente oír algunos aplausos en una tertulia ó entre sus amigos, que se condolerán de tal abandono y malogamiento.

Otro tanto sucede en la elocuencia: un sugeto se explicará con soltura y gracia; tendrá una sensibilidad exquisita y movilidad en sus afectos é impresiones; en momentos dados hablará con entusiasmo y hasta improvisará en alguna ocasión con feliz éxito; pero si carece de una educación filosófica y científica, si no ha hojeado los buenos modelos, no será reconocido como orador para los contemporáneos, y menos para la posteridad. Desde la edad heroica de la Grecia hasta nuestros días, no se ofrecerá un ejemplo que destruya mis aseveraciones. La magia oratoria que nos admira y arrebatada en la tribuna, es el resultado de dos causas poderosas y creadoras, una naturaleza privilegiada y un estudio análogo y correspondiente. Mirabeau decía á Barnave en una sesión memorable: «Tienes el talento de la palabra, pero en tí no hay nada de divino.» La diferencia de estos talentos se nota por este pasaje, si bien con aplicación á Barnave no la veo exacta, percibiéndose aquí el antagonismo de los dos adalides de la Asamblea constituyente.

En el trato ordinario y en las reuniones familiares estamos observando hechos curiosos que hacen á mi propósito. Personas que no callan jamás, que pertenecen á la raza de D. Martin, de *La Marcella*, que hablan á chorretadas, segun critica chistosamente Quevedo; y puestas en el compromiso de pronunciar un discurso, destacándose del auditorio en medio del silencio y la atención general, se confunden, se pierden, á penas se atreven á balbucear frases incoherentes, que demuestran su posición penosa, viéndose supeditados por una mudez desesperante. En tanto que otras personas comunmente calladas, sin prurito de narradores y cuentistas, pasan desapercibidas en ciertos círculos, porque los asuntos de que se trata no son dignos del tono de la polémica, ó porque no es prudente desplegar los recursos que se poseen, y de consiguiente se resignan á un silencio de investigación, de exámen, de expectativa, á diferencia de ese otro silencio, impotente y estúpido, que para mucha gente son una misma cosa, con lo cual se acreditan de perspicaces. Mas suena la hora de abordar la tribuna; aquel hombre reservado y aun taciturno se torna en atleta formidable de la discusión, su boca es un torrente de palabras; encantan los rasgos de su lozana imaginación, matan los golpes de su contundente dialéctica. Va creciéndose paulatinamente á medida que avanza en su arenga, se remonta á una altura indecible, y desde allí manda con un resorte magnético en el ánimo de cuantos escuchan, y cual guerrero invencible, abate y estermina á sus enemigos, quedando victorioso y rodeado de trofeos en el campo de batalla.

¿Por qué así? porque la primera de esas personas es acaso un pedante insustancial, ó cuanto mas, un carácter flexible, que entretiene agradablemente, es un río cristalino, pero sin fondo; y porque la segunda es un orador circunspecto, que guarda sus armas para el momento de trabarse la pelea.

No se deduzca de aquí que es incompatible el talento oratorio con el de la conversacion. Oradores hay que en cualquiera parte, en cualquiera diálogo indican su preeminencia y especialidad; Alcalá Galiano, tanto en una sala como en una cátedra, como en el parlamento, esparcirá sátiras y epigramas con una oportunidad y una finura inimitables. D. Joaquín María Lopez no puede prescindir del aparato; su estilo de períodos rotundos y armoniosos, de símiles y alegorías brillantes, no se plega á todas situaciones; á modo de un bajel que mientras permanece dentro del puerto no puede marchar majestuosa y rápidamente al impulso de las olas y de los vientos.

A la proposición que estoy esplanando se objetará, que el orador puede obtener el premio de su incesante anhelo, contentándose con ser una decente medianía, lo que no cabe con referencia al poeta. Tampoco me convence esta razón. Se me figura que este último tiene también ancho campo para ejercitarse; si no le es permitido mecerse en la atmósfera de la poesía épica, lírica ó elegiaca, puede ensayarse en la didáctica, en la bucólica, en la festiva, que no todos los géneros exigen iguales facultades. Así el orador que no puede deslumbrar y conmover, podrá ilustrar, ó enseñar, ó deleitar, y ser siempre oído con gusto: no será el trueno que reumba entre

montañas, pero será el ambiente perfumado de una mañana de primavera; no será el rugido del leon que espanta las selvas, pero será una arpa colia pulsada por una virgen misteriosa.

Se me replicará todavía: quien no nazca poeta, no lo será por mucho estudio y empeño que tenga. Cierto; mas lo propio acontece con el orador. En vano se atesorarán conocimientos estensos y variados; si faltan las dotes oratorias, solo se alcanzará el predicamento de elegante hablador y retórico, nada mas. Todos sabemos de hombres de honda erudición, incapaces de hablar en público unos cuantos minutos. También sabemos de otros sumamente doctos y notables en un ramo de ciencias, completamente nulos é ineptos en otras; el que admira con su elocuencia, acaso no atina en una cuenta de restar ó multiplicar números simples; el que resuelve los mas intrincados problemas de las matemáticas, se ve en la imposibilidad de formar una cuarteta. ¡Qué triste es alejarse de un estudio simpático y predilecto para dedicarse á negocios incompatibles con nuestros deseos y aspiraciones! Este sentimiento tiene puntos de contacto con el que se experimenta al separarnos de un objeto querido ó al perder de vista las fronteras de nuestro país en circunstancias desgraciadas. Por este motivo se agostan en flor muchos ingenios, con perjuicio de la humanidad.

De suerte que el orador nace como el poeta, y ambos se sujetan á privaciones y á una laboriosidad infatigable, puesto que en lo intelectual no menos que en lo físico, solo con el trabajo nos es dado recoger opimos frutos y pingües cosechas.

Algunos piensan que no nacemos con disposiciones especiales ni preferentes; que el niño recibe las inspiraciones que se le dan, y que el poder de la educación le amolda á todo, decidiendo de su ulterior destino. Que si Voltaire ya de joven fué poeta, es porque desde la infancia su tío el abate de Châteaufort le hacía leer versos y aprenderlos de memoria. Si William Pitt fué gran político y hacendista, es porque su padre le hacía presenciar desde edad temprana discusiones importantes con los personajes mas esclarecidos de Europa, y algo análogo respecto á Mad. Staël. Si lord Byron se labró una fama imperecedera, es porque su primer ensayo fué censurado acremente por la *Revista de Edimburgo*, lo cual hirió su amor propio y su arrogancia.

Dispensándose de apreciar ahora detenidamente la influencia de la educación en su acepción mas lata, estoy convencido de que estas citas no desvirtúan mi tema. En efecto, el niño al nacer no posee ideas; estas vas entrando en su cabeza á medida que se ensancha el círculo de su comprensión. Sin embargo, es innegable que ciertas impresiones hacen mella y producen consecuencia en unos y poco ó nada en otros; que en cualquiera período de la vida, promedia una enorme distancia en el organismo, en la moral y en el entendimiento de los individuos; que Voltaire y los demás que se mencionan hubieran sido lo que fueron con aquellas coincidencias ó sin ellas; que sobre todo las biografías nos enseñan que hay instintos fuertes y arraigados, que luchando con inconvenientes y contrariedades, haciéndose superiores al desprecio y al sarcasmo, columbrando un envidiable porvenir y alentados por esperanzas halagüeñas, han obtenido la palma del triunfo, han adquirido un nombre inmortal, y se han hecho respetables y temibles, á los que antes se reían de proyectos aparentemente quiméricos y de pretensiones desmedidas. Almas privilegiadas que se han sobrepuesto á la envidia, esa pasión bastarda, mezquina, destructora, simbolizada por una serpiente que se muerde á sí misma; y se han elevado en alas de la emulación, esa otra pasión noble, entusiasta, fecunda, esa emulación que interrumpe el sueño de Temístocles, recordándole las proezas de Milcíades, y que entristeció á César delante de la estatua de Alejandro, por no escederle en gloria y poderío.

(Continuará.)

ANTOLIN ESPERON.

BLANCA DE BEAULIEU,

POR A. DUMAS.

I.

Quien á la caída de la tarde del 15 de diciembre de 1793 hubiera salido de Chiscon dirigiéndose al pueblo de Saint Crepin, con detenerse en la cima de la montaña que besa la Moine, hubiera podido distinguir al otro lado del valle un rarísimo espectáculo.

Primeramente, del lado en que sus ojos buscasen la población, perdida entre los árboles en medio de un horizonte ya ennegrecido por el crepúsculo, hubiese vislumbrado tres ó cuatro columnas de humo que aisladas en su base se reunían prolongándose en el espacio, y cediendo á un aircillo húmedo que soplabá del Oeste, se perdían en aquella dirección confundidas con las nubes. Por momentos esta base se enrojecía, el humo se disipaba, y veíanse techos de casas, agudas lenguas de fuego prolongadísimas ocupar su plaza con un chisporroteo sordo, ora elevándose en espirales, ora doblándose y volviéndose á elevar como el palo mayor de un navío. El viajero hubiese creído que todas las ventanas se abrían para vomitar fuego. De cuando en cuando con la caída de un techo, oyera un rumor sordo, y viera á los resplandores de las llamas, siempre en aumento, brillar sables y fusiles, y á lo lejos estenderse en círculo un buen golpe de soldados. Al oír los gritos salvajes y las carcajadas hubiera exclamado el viajero: —¡Dios me perdone! ¡es un ejército al amor de la lumbré de toda una población!

Y con efecto, una brigada republicana de mil doscientos ó mil quinientos hombres, encontrando abandonado el pueblecito de Saint Crepin, le habia pegado fuego.

Esto no era crueldad, sino recurso de guerra, resultado de un plan de campaña como cualquiera otro. La experiencia probó que era el único ventajoso.

Sin embargo, una cabaña aislada no ardia, y aun pudierase creer que para lograrlo se habian tomado todas las precauciones imaginables. Dos centinelas vigilaban la puerta, y á

cada instante entraban y salían ordenanzas y ayudantes á llevar y traer órdenes.

El que las daba era un joven como de veinte á veintidos años. Largos cabellos rubios, divididos en medio de su frente, caían en graciosas ondulaciones en torno á sus mejillas, pálidas y descarnadas. Su rostro tenia el sello de esa tristeza fatal comun á los que nacen destinados á morir en flor. No le cubria tan por completo su capa blanca que no dejase percibir sus charreteras de general, charreteras de lana, porque los oficiales de la Convencion habian hecho en el altar de la patria el sacrificio de todo el oro de sus trajes. Hallábase en este momento inclinado sobre una carta geográfica, y trazaba con un lápiz, á la luz de una lampara amortiguada por la del incendio, el camino que los soldados debian seguir.

Era el general Marceau, muerto tres años mas tarde en Atlenkircheu.

—Alejandro, dijo levantando la cabeza un si es no es; Alejandro, dormilón eterno, ¿sueñas con la isla de Santo Domingo? ¿Cuánto duermes!

—¿Qué hay? dijo poniéndose de pié sobresaltado aquel á quien Marceau se dirigia, y cuya cabeza casi tocaba al techo de la cabaña. ¿Que hay? ¿nos ataca el enemigo?

Fuéron pronunciadas con un acento como de criollo, que ni aun amenazando las hacia duras.

—No, sino una órden que acabo de recibir del general en jefe, Westermann.

Mientras que su colega leia la órden, porque el gigante era su colega, contempló Marceau con infantil curiosidad las colosales formas de aquel mulato.

Tendria sobre veintiocho años, cabellos crespos y cortos, tez morena, frente abultada, dientes blanquíssimos, y una fuerza sobrenatural, célebre en todo el ejército. Cierta vez en una batalla hendió el casco de un enemigo hasta el corazón, y otra en una parada ahogó con sus piernas al fogoso caballo que le conducia. Tampoco debia vivir mucho tiempo, pero menos dichoso que Marceau, estaba destinado á morir fuera del campo de batalla, envenenado por órden de un rey. Era mi padre, el general Alejandro Dumas.

—¿Quién te ha dado esta órden? le preguntó.

—Delmas, el representante del pueblo.

—Está bien ¿Y dónde deben reunirse esos pobres diablos?

—En un bosque á legua y media de aquí: mirad la carta... ahí.

—Ya, pero en la carta no hay ribazos, ni montes, ni árboles derribados que impiden transitar por el verdadero camino, en el que apenas puede uno orientarse de día. ¡País infernal! Además, siempre hace aquí frio.

—Mira, dijo Marceau abriendo la puerta con un pié y mostrando el pueblo ardiendo; sal y te calentarás. ¡Eh! ¿Qué es eso, ciudadanos?

Estas palabras se dirigian á un grupo de soldados, que yendo en busca de víveres, habian descubierto, en una especie de chiribitil contiguo á la cabaña que albergaba á los dos generales, á un aldeano de la Vendée, tan embriagado al parecer, que probaba que no habia podido seguir á los habitantes del pueblo, cuando estos lo abandonaron.

Figúrese el lector una especie de hotentote de cara estúpida, con un sombrero enorme, con cabellos largos y vestido de paño gris, un ser formado á imagen del hombre, é inferior á la bestia, pues no cabe duda en que faltaba el instinto á aquella masa. Marceau le dirigió algunas preguntas, pero el *patoá* y el vino impidieron que se comprendiesen sus contestaciones. Ya iba á abandonarlo á los soldados como un juguete, cuando el general Dumas dió órden de evacuar la cabaña y de que encerrasen en ella al prisionero. Todavía permanecía este en la puerta; un soldado le empujó hácia el interior, en el cual cayó pesadamente quedando sin movimiento. Apostose delante de la puerta un centinela, y este no se tomó el trabajo de cerrar la ventana.

—Podremos marchar dentro de una hora, dijo el general Dumas á Marceau, pues tenemos una guía.

—¿Cuál?

—Ese hombre.

—Sí, con tal que esperemos á mañana para ponernos en camino. Hay sueño para veinticuatro horas en lo que ha bebido ese animal.

Dumas se sonrió y le condujo al chiribitil en que el aldeano habia sido descubierto: una simple division lo separaba del interior de la cabaña, con grietas y rajaduras que permitian ver lo que en ella aconteciese, y que sin duda habian servido para que se escuchase toda la conversacion de los dos generales, que poco antes se encontraban en la misma.

—Ahora, le dijo bajando la voz, observa.

Obedeció Marceau, cediendo al ascendiente que ejercia sobre él su amigo, y al pronto costole trabajo divisar al preso, quien por casualidad habia caido en el rincon mas oscuro de la cabaña: todavia estaba inmóvil en el mismo sitio, y Marceau se volvió para buscar á su camarada, pero este habia desaparecido.

Cuando volvió á dirigir la vista hácia la cabaña, parecia que el que la ocupaba habia hecho un ligero movimiento: no tardó en efecto en abrir los ojos como si despertase de un sueño pesado, y en ver que estaba solo.

Un relámpago de alegría y de inteligencia iluminó su semblante.

Entonces conoció Marceau que hubiera sido juguete de aquel hombre, si su amigo no lo hubiera adivinado todo. Examinó pues con mayor atención aquel rostro, que habia vuelto á tomar su primitivo carácter: sus ojos se habian cerrado y todos sus movimientos eran los de un hombre que lucha con el sueño: en uno de ellos enlazó con un pié la frágil mesa en que estaba la carta geográfica y la órden del general Westermann: todo cayó al suelo, el centinela abrió la puerta, asomó la cabeza, conoció la causa del ruido que acababa de oír, y dijo riéndose:

—El ciudadano estaba soñando.

Este oyó aquellas palabras, abrió los ojos y dirigió al soldado una mirada amenazadora: en seguida hizo un movimiento rápido, cogió la órden y la ocultó en el pecho.

Marceau contenia la respiración, su mano derecha apretaba la empuñadura del sable, y sobre la izquierda descansaba todo el peso del cuerpo apoyado contra el tabique de observación.

El objeto que examinaba se habia puesto de lado, pero

ayudándose poco después con un codo y una rodilla, se adelantó lentamente, siempre echado hacia la entrada de la cabaña: el intervalo entre el dintel y la puerta le dejó divisar las piernas de un grupo de soldados que se hallaban delante de la última.

Entonces con la mayor paciencia y disimulo se puso á trepar á la ventana, y no bien llegó á la distancia de tres piés de ella, sacó de su pecho una arma que llevaba oculta, reunió todas las fuerzas, y de un salto de tigre se arrojó fuera de la cabaña. Marceau dió un grito, pues no había tenido tiempo de prever ni impedir aquella fuga. Otro grito de maldición respondió al suyo, pues el vendeano al caer de la ventana se había encontrado frente á frente con el general Dumas, á quien quiso herir con su puñal; pero el general, sujetándole la muñeca, volvió el arma contra el pecho del que le amenazaba, y no tenía mas que hacer un pequeño esfuerzo para que el vendeano se atravesase.

—Te había prometido un guia, dijo á Marceau, y creo que tenemos aquí lo que necesitamos. Pudiera hacerte fusilar, bribon, añadió dirigiéndose al aldeano; pero me conviene dejarte vivir. Has oído nuestra conversacion, pero no la referirás á los que te han enviado. Ciudadanos, gritó á los soldados que habían acudido, dos de vosotros sujetareis de las manos á este hombre, colocándolo al frente de la columna, pues va á servir de guia; pero si observais que os engaña, ó que hace el menor movimiento para huir, levantadle la tapa de los sesos.

Algunas órdenes dadas en voz baja agitaron un momento después aquella línea rota de soldados que se extendía al rededor de las cenizas en que acababa de convertirse un pueblo. Los grupos se reunieron, formose con ellos una línea compacta que bajó por el tortuoso camino que separa á Saint Crepin de Mont-Faucon, y no tardó en emboscarse. Poco después, cuando la luna se mostró entre dos nubes reflejándose en las bayonetas de los soldados, cualquiera hubiera podido ver arastrarse en medio de las sombras de la noche á una inmensa serpiente negra cubierta con escamas de acero.

II.

Las marchas nocturnas entristecen á un ejército.

La guerra es magnífica durante un día sereno en que el cielo parece ser testigo de la contienda, cuando los pueblos acudiendo á los campos de batalla, como á las gradas de un circo, victorean al vencedor; cuando los sonidos de los instrumentos bélicos hacen estremecer las animosas fibras de los corazones; cuando el humo de mil bocas de fuego estiende un sudario en los campamentos; cuando aliados y enemigos contemplan el destroz. Esto es sublime... pero ¡por la noche! Ignorar cómo os atacan y cómo os defendéis, caer sin saber quién hiere ó de dónde ha partido el golpe, sentir sobre el pecho los piés de los que aun permanecen en pié y no saben á quién pisan, ¡oh! entonces nadie muere como el gladiador, entonces todos ruedan mezclados, se retuercen, muerden la tierra y se arrancan las uñas. Esto es horrible!

He aquí por qué aquella fuerza caminaba triste y silenciosa, porque sabía que por cada lado del camino que seguía se prolongaban altas hayas, y que á su extremo la esperaba un combate nocturno.

Media hora hacia que duraba la marcha: de vez en cuando, como queda dicho, un rayo de luna se descubría por entre dos nubes, y permitía ver en el frente de la columna al aldeano que servía de guia, con el oído atento al mas leve ruido y siempre vigilado por los dos centinelas que no se separaban de él. Algunas veces se sentía hacia los flancos de la columna cierto ruido como si frotasen fuertemente las hojas del bosque: la cabeza de la tropa hacia alto y muchas voces gritaban: ¿Quién vive?... Nadie contestaba, y el aldeano decía riéndose: —Es una liebre que huye de su camada.

Los dos soldados que le guardaban creían ver tambien agitarse delante de ellos alguna cosa que no podían distinguir; pero el vendeano les aseguraba que eran sus propias sombras.

De pronto, y al dar la vuelta á un recodo del camino, se encontraron con dos hombres: los soldados quisieron gritar, pero uno de ellos cayó atravesado antes de pronunciar una palabra; el otro vaciló breves instantes, y solo tuvo tiempo para gritar: ¡A mí!

Veinte tiros partieron al punto, y al resplandor se divisaron tres hombres que huían; pero uno de ellos se separó de sus compañeros, y se arrojó arrastrándose á la entrada del bosque, esperando tal vez ocultarse en él. Corrieron hacia él los republicanos y lo encontraron tendido, pero no era el guia; preguntáronle, y no respondió; un soldado le hincó la bayoneta en el brazo para convencerse de que estaba muerto, lo cual era verdad.

Entonces fué Marceau quien guió la columna, pues el estudio que había hecho de las localidades, le infundía esperanzas de no extraviarse.

Efectivamente, después de un cuarto de hora de marcha, se distinguió la masa negra del bosque. Allí era donde, segun las noticias que habían recibido los republicanos, debían reunirse para oír misa los habitantes de algunos pueblos, el resto de muchos ejércitos, reducidos á unos mil ochocientos hombres poco mas ó menos.

Los dos generales dividieron su fuerza en muchas columnas, dando á estas orden de cercar el bosque y dirigirse por todas las veredas que iban á parar á su centro: se calculó que bastaría media hora para ocupar todas las posiciones respectivas. Un peloton se detuvo en el camino que se veía al frente, y los demás se extendieron por las alas formando círculo: oyo-se por algun tiempo el cadencioso ruido de sus pasos; se fué este debilitando, apagose del todo y se restableció el silencio. La media hora que precede á un combate trascurre muy pronto, y apenas tiene tiempo el soldado para ver si su fusil está cebado, y para decir á su camarada: «Si llego á morir enviarás á mi pobre madre el dinerillo que encuentres en el morral.»

Diose por fin la orden de avanzar, y todos se estremecieron al oírlo, como si no la esperasen.

Segun iban adelantando terreno, parecían que el círculo que formaba el centro del bosque estaba iluminado: al acercarse á él distinguieron hachas de viento que flameaban; pronto se vieron claramente los objetos, y se ofreció á las miradas de los republicanos un espectáculo de que no tenían idea.

El cura de Santa María celebraba una misa sobre un altar

groseramente formado con algunas piedras amontonadas: los ancianos rodeaban el altar sosteniendo las hachas de viento, y detrás de ellos las mugeres oraban de rodillas. Un muro de hombres se veía colocado entre aquel grupo y los republicanos, y sobre un frente mas pequeño presentaba un plan de batalla, tan propio para la defensa como para el ataque. Era evidente que estaban prevenidos, pues en primera fila figuraba el guia que había huido en el camino, apareciendo entonces como un soldado vendeano, con su equipo completo, y ostentando en el lado izquierdo del pecho el corazón de paño encarnado, y en el sombrero el pañuelo blanco que reemplazaba al penacho.

Los vendeanos no aguardaron el ataque, pues habían esparcido tiradores por el bosque, y estos dieron principio á la refriega: los republicanos avanzaron arma al brazo, sin disparar un tiro, ni contestar al incesante fuego de sus contrarios, sin pronunciar mas palabras después de cada descarga que las de «Estrechad filas».

El sacerdote no había concluido la misa y proseguía celebrándola: su auditorio parecía extraño á cuanto pasaba, y parecía arrodillado. Los soldados de la república avanzaban sin detenerse, y cuando llegaron á treinta pasos de sus enemigos, la primera fila puso rodilla en tierra y líneas de fusiles se inclinaron, semejantes á las espigas que dobla el viento. Estalló la fusilería, aclaráronse las filas de los vendeanos, y algunas balas llegaron hasta el pié del altar y sacrificaron algunas mugeres y niños. Hubo gritos y tumulto entre la multitud; pero el sacerdote elevó la sagrada hostia, y las frentes se bajaron volviendo todo al silencio.

Los republicanos hicieron otra descarga á diez pasos, con tanto sosiego como en una revista. Los vendeanos contestaron á ella, y ni unos ni otros tuvieron tiempo de volver á cargar las armas: llegaba la vez á las bayonetas, y aquí todas las ventajitas estaban de parte de los republicanos. El sacerdote seguía diciendo la misa.

Los vendeanos retrocedieron después de perder filas enteras, que caían profiriendo maldiciones. El cura vió al fin lo que acontecía, hizo una señal, apagáronse las hachas, y el combate continuó en medio de la oscuridad. Allí ya no hubo mas que una escena de desorden y de carnicería, en la que todos herían sin ver, desesperados, y morían sin pedir cuartel.

Sin embargo las palabras *perdon, perdon* resonaron á los piés de Marceau, que tenía levantado el sable.

Pronunciábalas un jóven vendeano, casi un niño, sin armas, que procuraba huir de la refriega.

—¡Perdon! ¡perdon! ¡esclamaba, salvadme por el cielo y en nombre de vuestra madre.

El general lo llevó á algunos pasos mas allá del campo de batalla para sustraerlo á las miradas de sus soldados; pero pronto tuvo que detenerse, pues el jóven se había desmayado. Semejante esceso de terror en un soldado, no pudo menos de admirarle, mas no por eso se apresuró menos á socorrerle, y le desabrochó el traje para que respirase con libertad: entonces conoció que era una muger.

No había un momento que perder pues las órdenes de la Convencion eran precisas, y todo vendeano cogido con las armas en la mano, ó formando parte de una reunion, cualquiera que fuese su sexo y su edad, debía perecer en el cadalso: sentó á la jóven al pié de un árbol y volvió al campo de batalla: vió entre los muertos á un oficial republicano cuya estatura le pareció igual á la de la desconocida, le quitó el uniforme y el sombrero, y volvió hacia el árbol. El fresco de la noche había vuelto en sí á la jóven.

—¡Padre mio! ¡padre mio! fueron sus primeras palabras. En seguida se levantó y apoyó ambas manos en su frente como para fijar sus ideas. ¡Oh! esto es horrible: estaba con él y le he abandonado. ¡Padre mio! ¡ya habrá muerto!

—Señorita Blanca, dijo un hombre que apareció de pronto detrás del árbol: el marqués de Beaulieu vive y se ha salvado. ¡Viva el rey: viva la buena causa!

El que acababa de pronunciar estas palabras desapareció como una sombra aunque no tan pronto que dejase Marceau de reconocer en él al aldeano de Saint Crepin.

—¡Tingny! ¡Tingny! exclamó la jóven estendiendo los brazos.

—¡Silencio! la dijo Marceau: una sola palabra puede denunciar quién sois, y yo no podría salvaros como quiero hacerlo. Poneos ese uniforme y esperadme.

Se dirigió otra vez al campo de batalla, dió á su fuerza la orden de retirarse hacia Chollet, dejó á su camarada el mando, y volvió al lado de la jóven vendeana.

La encontró dispuesta á seguirle, y ambos se encaminaron hacia una especie de camino que atraviesa la Romana, donde el asistente de Marceau le esperaba con sus caballos, los cuales no podían penetrar en el interior del país. Allí se aumentaron las dificultades, pues temió que su jóven protegida no supiese montar á caballo y no tuviese fuerzas suficientes para caminar á pié; pero pronto la convenció ella de lo contrario. Notó la sorpresa de Marceau, y le dijo sonriéndose: Os admirareis menos cuando me conozcais; y vereis tambien qué continuacion de circunstancias han hecho que me sean familiares los ejercicios de los hombres: me pareceis tan bueno, que os descubriré todos los acontecimientos de mi vida, tan jóven y ya tan azarosa.

—Sí, sí, pero mas tarde, contestó Marceau; tiempo tendremos para ello, pues sois mi prisionera y no quiero devolveros la libertad por obsequio á vos misma. Lo que ahora debemos hacer es llegar á Chollet lo mas pronto que podamos. Así pues, aseguraos en la silla, y al galope, gentil caballero.

—Al galope, repitió la vendeana, y tres cuartos de hora después entraron en Chollet. El general en jefe estaba en el ayuntamiento, Marceau subió á verle dejando á la puerta á su prisionera y á su asistente, dió cuenta de su mision, y volvió después con la pequeña escolta á buscar albergue en el hôtel de los *Descamisados*, inscripción que en la muestra había sustituido á la de *Al Gran San Nicolás*.

Marceau pidió dos habitaciones, condujo á una de ellas á la jóven, y la invitó á que se acostara vestida, para que tomase algun descanso, del cual debía tener no poca necesidad después de la terrible noche que acababa de pasar; en seguida fué á cerrarse en el otro cuarto, porque tenía sobre sí la responsabilidad de una existencia, y debía pensar en los medios de conservarla.

Blanca pensaba tambien primero en su padre y después en aquel jóven general republicano de figura y de voz tan sim-

páticas. Todo le parecía un sueño, y aun se detuvo delante de un espejo para cerciorarse de que era ella misma, de que existía. La idea de la muerte, y de la muerte en el cadalso, no se presentó á su imaginacion, porque Marceau la había dicho: Os salvaré.

¿Y por qué había de morir ella, tan bella y tan inofensiva? ¿Por qué los hombres habían de pedir su sangre? Apenas se figuraba que corría el menor peligro. Su padre, como jefe vendeano, podía matar y ser muerto; pero ella debía estar libre, porque nunca había hecho mal á nadie, porque al seguir al autor de sus días había cumplido un deber filial.

Hay en la juventud una época en que la desgracia es tan extraña á la existencia que no puede aclimatarse en ella; por triste que aparezca una idea siempre acaba por una sonrisa, porque solo se ve la vida por un horizonte, y la esperiencia no ha hecho todavía dudar del porvenir.

Marceau soñaba tambien, pero veía mas claro, pues conocía los odios políticos del momento, y no ignoraba las exigencias horribles de una revolucion: por lo mismo buscaba los medios de salvar á Blanca, que dormía. Uno solo se presentaba á su pensamiento, y era conducirla él mismo á Nantes, donde habitaba su familia. Como hacia tres años que no veía á su madre ni á su hermana, parecía natural que pidiese una licencia el general en jefe; hizo así por último, y Westermann le concedió lo que solicitaba: su licencia debía contener además la firma del representante Delmás, y el general prometió obtenerla.

Al volver al hôtel encontró Marceau al general Dumas que le esperaba. Aquellos amigos no tenían secretos uno para otro, y Dumas supo las aventuras de la noche anterior: en seguida fué á mandar que dispusieran el almuerzo, y Marceau subió al aposento de su prisionera y le anunció la visita de su camarada, quien no tardó en presentarse: sus primeras palabras tranquilizaron á Blanca, y después de un rato de conversacion solo esperimentó esta aquella natural contrariedad de una jóven colocada entre dos hombres á quienes apenas conocía.

Ya iban á sentarse á la mesa cuando se abrió la puerta y se presentó el representante Delmás.

Era uno de aquellos hombres que servían á Robespierre de instrumentos, y que creían haber comprendido su sistema de regeneracion, porque les había dicho: «Es preciso regenerar.» Por lo tanto la guillotina era entre sus manos mas activa que inteligente.

Aquella aparicion siniestra hizo estremecer á Blanca.

—¡Ah! ¿con que quieres dejarnos, ciudadano general? dijo á Marceau; pero te has portado tan bien durante la última noche, que nada puedo negarte: siento sin embargo que hayas dejado escapar al marqués de Beaulieu, pues he ofrecido enviar su cabeza á la Convencion.

Blanca estaba en pié, pálida y fria como la estatua del terror, pero Marceau se puso sin afectacion delante de ella.

—Lo diferido no está perdido, prosiguió el representante; los sabuesos republicanos tienen buenas narices y buenos dientes, y siguen la pista. Aquí tienes la licencia en toda regla, y puedes marchar cuando quieras; pero he querido antes venir á almorzar contigo, pues no puedo separarme de un valiente como tú, sin beber á la salvacion de la república y al exterminio de los insurgentes.

Blanca se había sentado sacando fuerzas de su propia debilidad; pusieronse á la mesa, y la jóven, por no colocarse en frente de Delmás, tomó puesto á su lado. Por otra parte el deseo de partir era para Marceau un pretexto para abreviar el almuerzo, y ya este se acababa y todos empezaban á respirar con alguna libertad, cuando se dejó oír en la plaza una descarga de mosquetería. Los dos generales cogieron sus armas; pero Delmás les detuvo diciendo:

—¡Bien, bien, valientes! me gusta que siempre vivais prevenidos; pero volved á sentar, porque no hay trabajo para vosotros.

—¿De qué se trata? preguntó Marceau.

—De que estan fusilando á los prisioneros de la última batalla.

—¡Desgraciados! exclamó Blanca.

Delmás dejó el vaso que iba á llevar á sus labios y se volvió hacia ella.

—¿Esas tenemos? murmuró: si los soldados tiemblan como mugeres, será preciso vestir á las mugeres de soldados. A la verdad eres muy jóven, añadió cogiendo las manos de la jóven y mirándola de hito en hito, pero ya te acostumbrarás á estas cosas.

—¡Nunca, nunca! respondió ella sin considerar el peligro á que se esponia: nunca podre presenciar semejantes horrores!

—Niño, repuso Delmás ¿crees que se puede regenerar una nacion sin sacarla sangre, ó reprimir las facciones sin levantar cadalsos? Por otra parte, ¿qué es la muerte? Un sueño del cual no volvemos. ¿Qué es la sangre? Un licor rojo semejante al que contiene esta botella. Sombreluil la ha bebido. Vamos, ahora callas? ¿No tienes algun argumento filantrópico que oponerme? Un girondino no se quedaria corto en esta discusion.

—¿Y estais seguros de que Dios os ha concedido el derecho de matar?

—Haz esa pregunta á Charete ó á Bernardo de Marigny, si alguna vez caes en sus manos, y verás cómo te perdonan, lo mismo que yo he perdonado á sus soldados. En cuanto á mí no me la dirijas segunda vez, y acuérdate de ello. Dicho esto se marchó.

Hubo un instante de silencio, hasta que dejando Marceau sobre la mesa las pistolas que había amartillado durante la conversacion, dijo señalando hacia la puerta.

—No hay hombre que haya estado tan cerca de morir como ese. ¿Sabéis, Blanca, que si hubiese pronunciado una sola palabra revelando que os conocia hubiera perecido á mis manos?

Pero ella no escuchaba, le poseía la idea de que aquel hombre estaba encargado de exterminar los restos del ejército que mandaba el marqués de Beaulieu.

—¡Dios mio! exclamaba ocultando la frente entre sus manos; cuando pienso que mi padre puede caer en poder de ese tigre! ¡Oh! Esto es execrable, es atroz! ¿Con que ya no hay compasion en el mundo? Perdonad, perdonad, señores. ¿Quién tiene aquí mas pruebas de lo contrario que yo?

En aquel momento entró el criado anunciando que estaban dispuestos los caballos.



Sorpresa de Marceau.



Marceau.

—Marchemos en nombre del cielo, dijo Blanca, porque hay sangre en el aire que aquí se respira.
—Marchemos, repitió Marceau. Y los tres bajaron sin perder un instante.

III.

Marceau encontró en la puerta un destacamento de treinta hombres que el general en jefe le daba para que le escoltasen hasta Nantes. Dumas les acompañó algún tiempo, pero á una legua de Choillet se empeñó fuertemente su amigo en que se

volviese: desde mas lejos hubiera sido muy espuesto caminar solo. Despidiose pues de ellos, picó al caballo y desapareció de su vista.

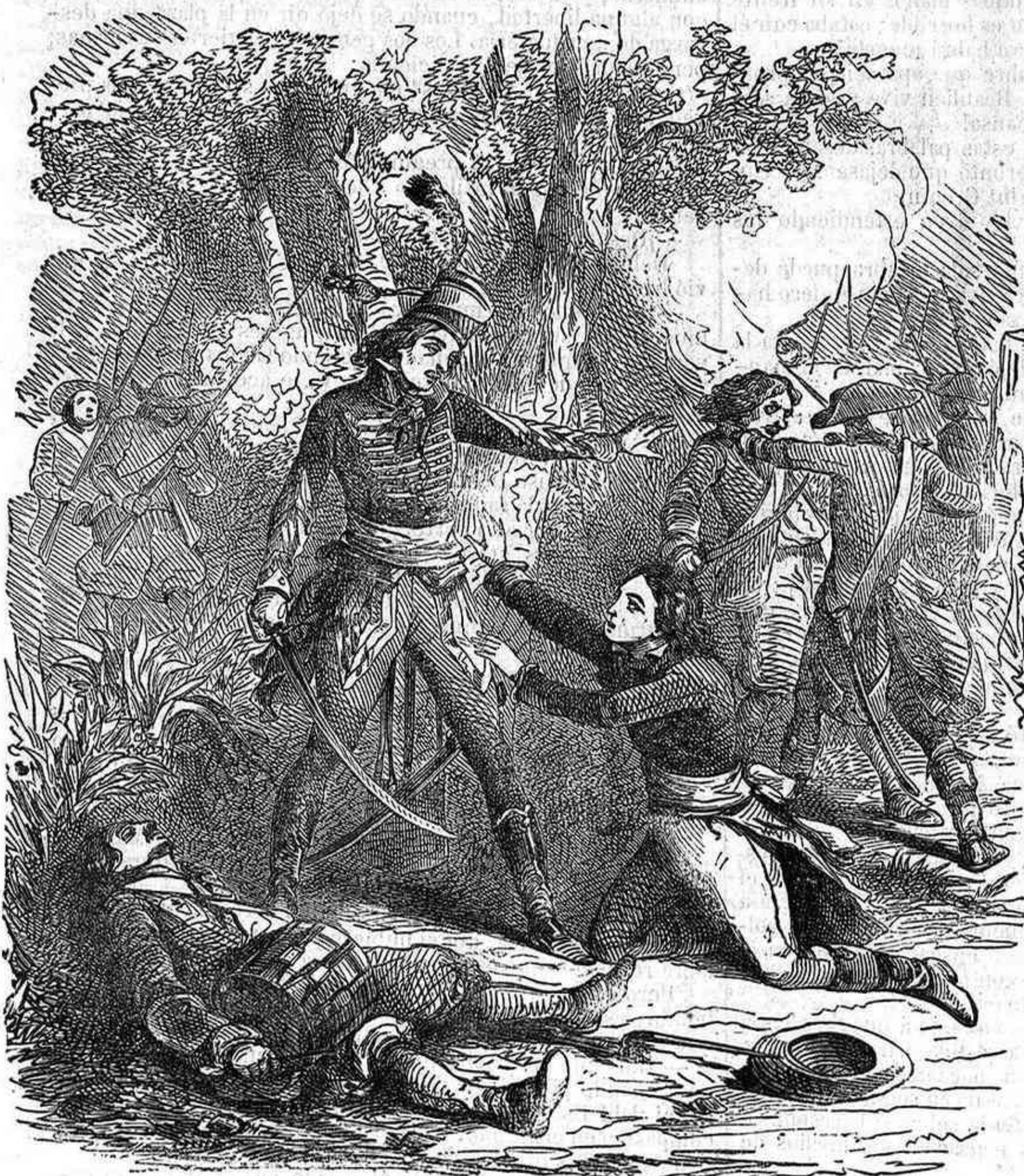
Además Marceau deseaba irse solo con la jóven vendeana.

—Ahora que estamos tranquilos, la dijo, y que tenemos que caminar un largo trecho, hablemos de vos; se quién sois, pero nada mas. ¿Cómo os encontrabais anoche en aquella region? Hablad, hablad mucho de vos y de vuestra infancia.

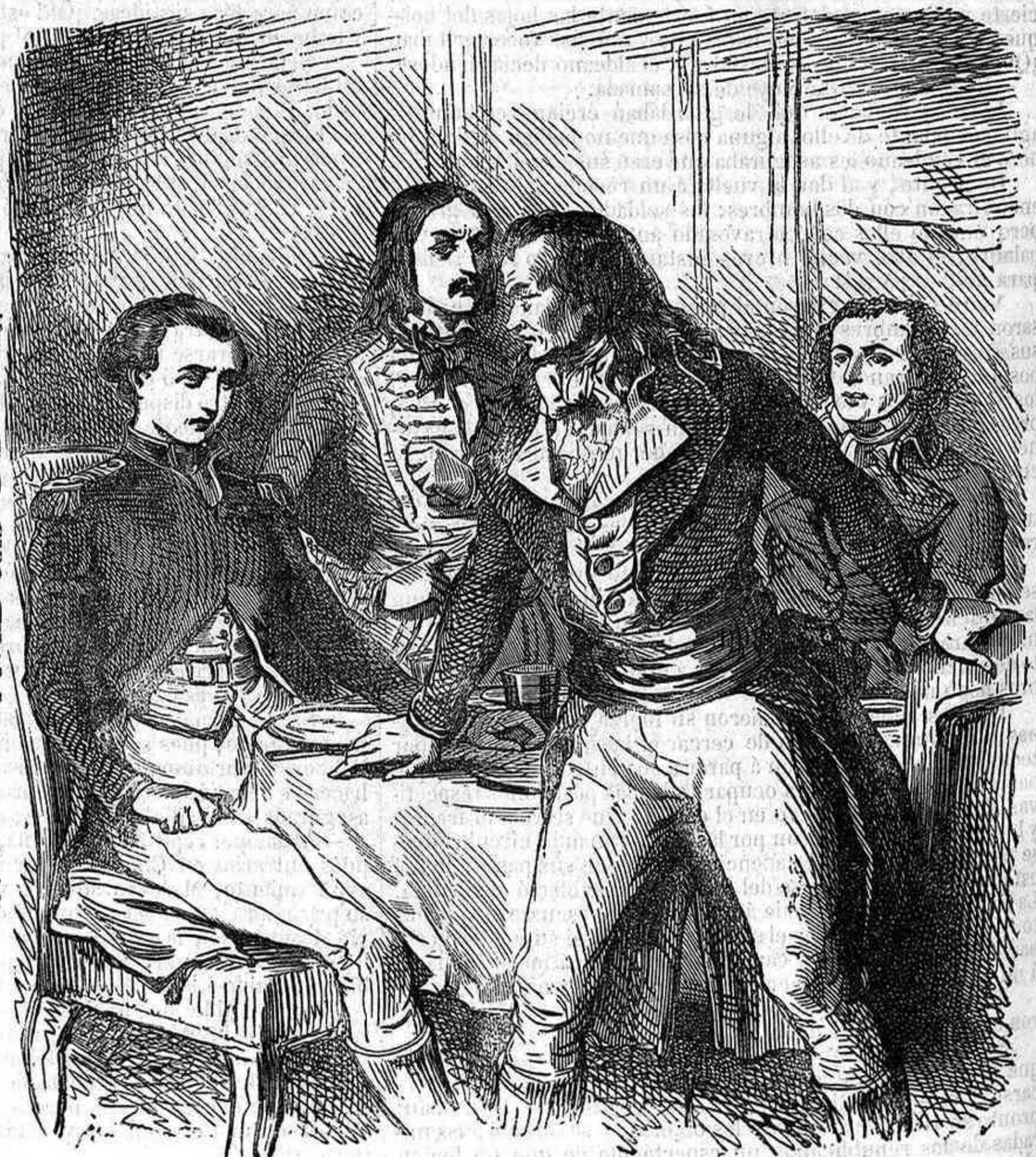
Marceau, sin saber por qué, no podía acostumbrarse á em-

plear en su conversacion con Blanca, el lenguaje republicano de la época.

Blanca entonces le refirió su vida, reducida á que siendo niña murió su madre dejándola entregada á los cuidados del marqués de Beaulieu; que su educacion la habia familiarizado con los ejercicios corporales, y que cuando estalló la revolucion de la Vendée, le fueron sumamente útiles y le permitieron seguir á su padre. Se estendió en la relacion de los principales acontecimientos de aquella guerra, desde el levantamiento de San Florencio hasta el combate en que Marceau



El combate



El almuerzo.



El general Dumas.



La separacion.

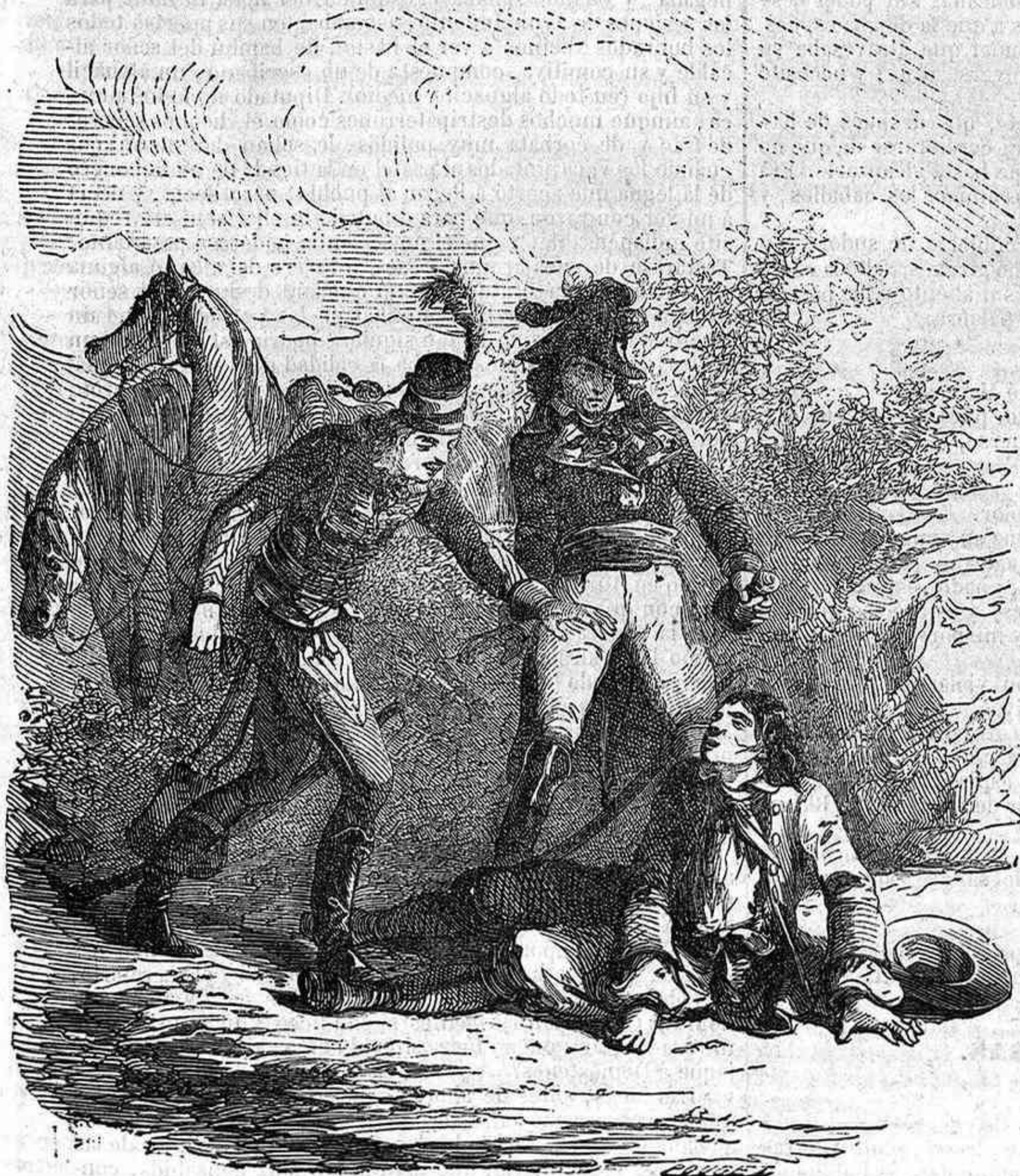
la habia salvado, y cuando dió fin á sus palabras divisaron la ciudad de Nantes. La comitiva atravesó el Loira, y pocos instantes después se encontraba Marceau en los brazos de su madre.

Después de las primeras muestras de contento, presentó el general á su jóven compañera de viaje, y algunas palabras bastaron para que interesase esta vivamente á aquella familia. No bien hubo manifestado sus deseos de recobrar el traje propio de su sexo, cuando las dos jóvenes se disputaron el placer de servirla de camareras. Esta conducta, por sencilla

que á primera vista aparezca, adquiria no obstante un gran precio por las circunstancias del momento. Nantes se desesperaba bajo el proconsulado de Carrier, que hacia correr la sangre por las calles, pues él era á Robespierre lo que la hiena al tigre, lo que el chacal al leon, y se cebaba en aquella sangre aspirando sus emanaciones con delicia. Pero era tan pura la reputacion de republicanismó del jóven general, que no cabia la menor sospecha contra su familia. Hé aquí por qué una de sus hermanas, jóven de diez y seis años, y al parecer extraña á cuanto ocurría en la ciudad, amaba y era amada,

y la madre de Marceau, viendo en un esposo un segundo protector, apresuraba en cuanto podia un matrimonio que ya iba á realizarse, cuando llegaron á Nantes Marceau y la jóven vendeana.

No tardó Blanca en presentarse ataviada con un vestido de una de aquellas jóvenes, y con el chal de la otra: el general dió algunos pasos hácia ella, y se detuvo admirado, pues bajo el traje masculino no habia podido apreciar toda la belleza y las gracias de su amable protegida. Ciertamente que se habia esmerado para parecer bonita, y habia olvidado por al-



¡Presá!... ¿Quién? Blanca? exclamó Marceau.



Tingny.

gunos instantes delante del espejo las horribles escenas de la guerra de la Vendée; pero eso consistía en que el alma más cándida se entrega á un sentimiento de coquetería cuando empieza á amar, y quiere agradar al objeto amado.

Marceau quiso hablar, mas no pudo pronunciar una palabra. Blanca se sonrió y le alargó la mano muy contenta, porque conocía que había causado en él la impresión que deseaba hacer.

Por la tarde llegó el novio de la hermana de Marceau, y como todo amor es egoísta, desde el propio hasta el amor maternal, hubo en Nantes una casa, tal vez la única, en que todo fué felicidad y contento, al paso que en las demás todo era desolación y llanto.

Aquella dicha era un sueño delicioso para Blanca y para Marceau: algunas veces se le oprimía á aquella el corazón, y sus ojos se preñaban de lágrimas, porque pensaba en su padre; pero el general republicano la tranquilizaba, y para distraerla la refería sus primeros hechos de armas, presentándole un cuadro animado, en el que el colegial se había alistado de soldado, llegando á oficial á la edad de diez y siete años, á coronel á la de diez y nueve, y á general á la de veinticinco. Blanca le hacía repetir sus relaciones porque en ellas no se deslizaba una palabra de amor dirigida á otra mujer.

Y si embargo Marceau había amado con todas las fuerzas de su alma, ó al menos así lo creía; pero también había sido engañado, y el desprecio había llegado á ocupar en su alma fogosa el lugar de la pasión. La sangre que ardía en sus venas se había enfriado lentamente: Marceau en fin antes de conocer á Blanca, solo era un enfermo privado por la ausencia súbita de la fiebre, de la energía y de la fuerza que únicamente debía á su presencia.

Aquellos sueños de ventura, aquellos elementos de una vida nueva, aquel prestigio de la juventud que Marceau creía perdido para siempre, renacían en un horizonte todavía vago y lejano, pero imposible; él mismo se admiró de que volviese la sonrisa á errar en sus labios; respiraba con libertad, y no sentía ya aquella dificultad de vivir que el día antes absorbía todas sus fuerzas y le hacía desear una muerte próxima, como una barrera que no puede atravesar el dolor.

Blanca por su parte, arrastrada desde luego á Marceau por un sentimiento natural de gratitud, atribuía á él las diversas emociones que la agitaban. ¿No era natural que desease constantemente la presencia del hombre que la había salvado la vida? ¿Podían serle indiferentes las palabras salidas de su boca? ¿No debía inspirar compasión aquella fisonomía que revelaba un dolor profundo? Y cuando le veía suspirar por ella, ¿no le decían sus miradas que quería hacer feliz á quien tanto había hecho por ella?

Así pasaron Blanca y Marceau sus primeros días en Nantes, hasta que por fin llegó el día del matrimonio de la hermana del joven general.

Entre los regalos de boda escogió Marceau un aderezo para Blanca: esta al principio miró el adorno con placer, pero no tardó en cerrar la caja que lo contenía, diciendo:

—No convienen las joyas á mi actual posición; tal vez mi padre demanda de granja en granja un pedazo de pan para prolongar su existencia, y yo misma, proscripta... No: ocúlteme mi sencillez á todas las miradas: pensad en que pueden reconocerse.

Marceau la instó en vano, pues solo quiso aceptar una rosa encarnada artificial que se hallaba entre otras flores.

Como los templos estaban cerrados se celebró el matrimonio en la casa de ayuntamiento. La ceremonia fué corta y triste. En la puerta esperaba á los novios una diputación de la marinería, pues la graduación de Marceau proporcionaba aquella deferencia á su hermana. Uno de los individuos de la diputación, cuyo rostro no era desconocido al general, llevaba dos ramilletes, dió uno de ellos á la joven desposada, y adelantándose hacia Blanca, que le miraba fijamente, la presentó el otro.

—Tingny, ¿dónde está mi padre? le preguntó Blanca paliédecido.

—En San Florencio, contestó el marinero: en ese ramillete hay una carta; Viva el rey! Viva la buena causa!

Blanca quiso detenerle, hablarle, dirigirle otras preguntas, pero había desaparecido. Marceau reconoció al guía, y á pesar suyo admiró la adhesión, la astucia y la audacia de aquel aldeano.

Blanca leyó la carta con ansiedad. Los de la Vendée experimentaban descalabros sobre descalabros; emigraba una población entera huyendo del incendio y del hambre.

El resto de la carta estaba dedicado á dar las gracias á Marceau, pues el marqués lo había sabido todo por la vigilancia de Tingny. Blanca se puso triste, pues aquellas líneas la recordaban todos los horrores de la guerra: apoyábase en el brazo de Marceau y le hablaba con acento más cariñoso: el general hubiera deseado verla más triste aun, porque la tristeza produce el abandono, y ya queda dicho que el amor es muy egoísta.

Durante la ceremonia se presentó en casa de la madre de Marceau un desconocido, quien según dijo tenía que comunicarle al general asuntos de la mayor importancia: introdujéronlo en la sala, Marceau no le vió al entrar en ella porque hablaba á Blanca inclinada hacia ella, pero sintió el movimiento que hizo su brazo: Blanca y él estaban delante de Delmás.

El representante del pueblo se adelantó hacia ellos poco á poco con la sonrisa en los labios, y mirando á la hija del marqués. Marceau con la frente bañada en sudor frío le contemplaba, como D. Juan contempla la estatua del comendador.

—Ciudadana, preguntó Delmás, ¿tienes un hermano?

Blanca estuvo para arrojarse á los brazos de Marceau.

—Si mi memoria y tu semejanza no me engañan, prosiguió el representante, hemos almorzado juntos en Chollet. ¿Cómo es que desde entonces no he vuelto á verte en las filas del ejército republicano?

Blanca conocía que sus fuerzas la abandonaban; Delmás seguía todos los progresos de su turbación, cuando de pronto apartó de ella sus miradas para fijarlas en Marceau.

Entonces se estremeció á su vez Delmás. El joven general tenía la mano puesta sobre la empuñadura de su sable y la apretaba convulsivamente. El rostro del representante tomó al punto su expresión habitual, y cogiendo del brazo á Marceau le condujo hacia una ventana, habló con él de la situación de la Vendée, y le dijo que había llegado á Nantes para

concertarse con Carrier respecto á las nuevas medidas de rigor que urgía tomar contra los insurgentes. Le anunció también que el general Dumas había sido llamado á París, y despidiéndose de él poco después pasó sonriéndose y saludando delante del sillón en que Blanca se había dejado caer, y en el cual permanecía pálida y desencajada.

Dos horas después recibió Marceau la orden de marchar á reunirse al ejército del Oeste, y de tomar inmediatamente el mando de su brigada.

Aquella orden no pudo menos de sorprenderle, y aun creyó ver en ella y en la escena anterior algún punto de contacto, pues su licencia debía durar quince días más. Corrió á casa de Delmás para obtener explicaciones, pero ya había vuelto á partir después de su entrevista con Carrier.

Era preciso obedecer, porque vacilar era perderse; pero Marceau no tenía el suficiente valor para participar á Blanca una ausencia que iba á dejarla sin defensa, en una ciudad regada diariamente con la sangre de sus compatriotas. Acercóse ella al general con el presentimiento de una mujer que ama y que adivina una desdicha, y su amante le presentó la orden que acababa de recibir. No bien se enteró de ella cuando convencida del peligro que correría Marceau si no la cumplimentaba, le instó vivamente, aunque con el corazón despedazado, á que partiese. El la miró tristemente y la dijo:

—¿Y también queréis vos que me aleje de aquí? Pero soy un loco. ¿Que motivos tengo para poder imaginar lo contrario? Creía yo ha un instante que ella pudiera sentir mi ausencia; añadió como si hablara consigo mismo: ¡loco! ¡loco! ¿no le soy indiferente?

Entonces miró á Blanca: dos lágrimas rodaban por las mejillas de la joven.

—¡Ah! perdonadme, la dijo, pero soy desgraciado, y la desgracia engendra la desconfianza. ¡Era tan dichoso á vuestro lado! Pero soñaba, y acabo de despertar. Blanca, esa guerra es cruel, horrible, y puede suceder que no volvamos á vernos. Prometedme que si muero lejos de vos, porque siempre he creído que mi existencia será corta; prometedme que mi recuerdo se presentará alguna vez á vuestra memoria, y mi nombre á vuestros labios: yo, Blanca, os juro que si al morir puedo pronunciar una palabra, será vuestro nombre.

Blanca estaba sofocada por las lágrimas, pero había en sus ojos mil promesas mucho más tiernas que lo que Marceau exigía. Estrechaba la mano de este, que se hallaba á sus pies, con una de las suyas, y con la otra le enseñaba la rosa encarnada que adornaba su cabeza.

—¡Siempre! ¡siempre! murmuró dolorida, y cayó desmayada.

Los gritos de Marceau atrajeron á su madre y á sus hermanas: creía muerta á Blanca, y como todo lo exagera el amor, el soldado se había convertido en un débil niño.

Blanca abrió los ojos y se ruborizó al ver á Marceau todavía á sus pies, en presencia de toda la familia.

—Va á marchar, exclamó, para combatir tal vez contra mi padre. ¡Dios! Pensad que si cae en vuestras manos, su muerte abrirá mi sepultura. ¿Queréis más? solo he pensado en mi padre después de pensar en vos.

En seguida, armándose de todo su valor, instó á Marceau para que apresurase su marcha: él mismo convino en la necesidad que tenía de hacerlo, y no resistió por mas tiempo á sus ruegos y á los de su madre. Dió las órdenes necesarias, y una hora después se despidió de Blanca y de su familia.

Marceau seguía el mismo camino que le había conducido á Nantes; adelantábase sin apresurar ni contener el paso de su caballo, y todas las localidades le recordaban algunas palabras de la narración de la joven vendeana, sin poder desear de su mente los grandes riesgos á que la dejaba espuesta. Cada frase de Delmás era un puñal que atravesaba su pecho: mil veces estuvo tentado de volverse atrás, y necesidad de toda su prudencia para no hacerlo.

Pronto vió llegar hacia él un ginete, que después de haberse detenido un momento como para cerciorarse de que no se engañaba, puso su corcel al galope hasta alcanzarle. Era el general Dumas. Abandonaron ambos amigos los caballos, y se abrazaron cordialmente.

Casi al mismo tiempo un hombre cubierto de sudor, con el rostro ensangrentado y el traje hecho girones, saltó la cerca del camino, y cayó sin fuerzas y casi sin aliento á los pies de los dos generales, pronunciando esta palabra:

—¡Presa!

Era Tingny.

—¡Presa! ¿quién? ¡Blanca! exclamó Marceau.

El aldeano hizo un gesto afirmativo, pues no podía hablar. Había corrido cinco leguas sin detenerse, y tal vez hubiera corrido más; pero había encontrado á Marceau, y ya no le fué posible sostenerse.

Marceau le miraba abismado de dolor.

—¡Presa, presa! repetía en tanto que su amigo aplicaba su calabaza llena de vino á la boca del aldeano. ¡Presa Blanca! por eso querían alejarme! Alejandro, añadió estrechando la mano de su amigo, yo vuelvo á Nantes, y es preciso que me sigas, porque mi vida, mi felicidad y mi porvenir dependen de este paso.

Sus dientes se entrecrocaban con violencia y agitaban todo su cuerpo movimientos convulsivos.

—Que tiemble, gritaba, el que se ha atrevido á tocar á Blanca! ¿Sabes que la amo con toda la fuerza de mi alma? ¿que sin ella no quiero la existencia? ¿que aspiro á morir ó á salvarla? ¡Ah! ¡que loco he sido en salir de la ciudad! ¡Blanca presa! ¿Y adónde ha sido conducida?

Tingny empezaba á volver en sí: se veían hinchadas las venas de su frente y sus ojos llenos de sangre: apenas pudo contestar:

—A la cárcel de Bonffays.

No bien hubo pronunciado estas palabras cuando los dos amigos partieron al escape en la dirección de Nantes.

(Continuará.)

LAS PALABRAS.

(Conclusion.)

Al pronunciar las palabras *negocios, treses, plata* y otras análogas, no hay quien no piense en apuntalar las habitaciones, y en hacerse con un arca llena de secretos: muebles, ó

por mejor decir, inmuebles impermeables, hechos á prueba de los elluvios de la codicia agra. También podríamos llamarlas palabras *conquistadoras*. ¿Qué hubieran hecho Alejandro, César y Napoleón sin ellas? Hasta conquistan corazonces; mundos en que pensaron poco los grandes hombres que acabamos de citar.

Y podrían llamarse igualmente *palabras-palancas*; porque ni la de Arquímedes que fuera capaz de tanto. Con ellas no solo se mueve la tierra, sino el mundo entero. Y hasta las llamaríamos *palabras-dioses*, si no fuera por cometer una profanación; pero no hay inconveniente en llamarlas *palabras-mágicas*... Ahora mismo parece que estamos mas inspirados con solo pronunciarlas y explicar sus maravillosos efectos: tan grande es su virtud. Lo peor es que la realidad, la fea realidad con su descarnada mano deshoja el ramillete de nuestras ilusiones, y nos encontramos con que no poseemos mas que una mala pluma con que trazar estos pobres renglones. *Muchos son los llamados y pocos los escogidos*, y nosotros tenemos que contentarnos con figurar en la primera clase, que es la mas numerosa.

Mucho mas podríamos decir sobre el asunto que sin saber cómo nos vino á la mano, en estos momentos en que discurremos la mejor manera de ofrecer interés á nuestros lectores; pero el artículo es ya largo, y es fácil que nuestros lectores se cansen de *palabras*. Queda ya explicada la gran transformación que en ellas se ha verificado, el respetable carácter y la alta representación que han conseguido, y el gran poder que ejercen; y lo mas que podríamos hacer todavía era multiplicar los ejemplos, que es cosa que podemos dejar á la discreción del público. Por otra parte, no es cosa de aumentar el nomenclator de las palabras con las *palabras inútiles*, y hacer ver, sin quererlo, que se han hecho para nuestro uso particular.

BOCETO DE COSTUMBRES.

¿Con que es tan gigante paso
inaugurar un Liceo
que resucita á lo que veo
desde el Oriente al ocaso?
¿De buena fe crees acaso?...
pero ¡imposible! ¡locuras!
¡Jacobo, si te figuras
que por esos tragaluces
le entran al siglo las luces,
es... porque lo ves á oscuras.
Comedia inédita.

I.

Presidente del recién nacido liceo, acababan de nombrar por seis votos contra dos, es decir, por inmensa mayoría, á un marqués de cierta villa, persona de grandes dotes y cualidades para el cargo. Era en primer lugar el labrador mas acaudalado, con su par de mulas que daba gozo de verlas, su hasta medio cortijo propio, que no arrendado de S. Miguel á S. Miguel, su casa propia y solariega, con escusones, que eran los reyes por ser los únicos, y una sombra de mayorazgo sostenido en las alcabalas del viento. Persona tan principal ya se comprende que sería alcalde del pueblo un año sí y otro también; que como tenía mas criados y mas pastores que otra alguna, tenía mas votos. De su influencia no se habla, que era para poner orgullo, no digo yo en él, sino en el mismísimo Pizarro, conquistador del Perú. El pan bajaba ó subía de precio á su mandar, porque la única tahona era perteneciente á su señoría; para las corridas de novillos se le aderezaba esprofeso un *similia similibus* de palco, asentado sobre una carreta; la misa mayor no daba comienzo domingo alguno hasta su llegada, y cuando sonaba el esquilon del *hotel de ville* para las sesiones de ayuntamiento, asomaban en sus puertas todos los honrados vecinos á ver el baston de bambú del señor alcalde y su comitiva, compuesta de un escribano, un alguacil y su hijo (en todo alguacil y medio). Diputado no lo fué nunca, aunque muchos destripaterrones como él, hechos señores de frac y de corbata muy pulidos, le solían dar sus antojos cuando los veía pintados al pastel en la tienda de un buhonero de la legua que acertó á llegar al pueblo; pero decía, y decía á mi ver con razon, que para diputado lo charlatán era requisito indispensable, y que él no se sentía poderoso para tanto. Tratárase de encajar una fresca al lucero del alba, ó alguna otra menudencia oratoria, y no quedara deslucido el señor marqués; pero llenar las columnas de los periódicos con un discurso no mas, que ni tan siquiera podría estudiarlo de un año para otro como estudiaba la calidad de las tierras, cuál para centeno, cuál para cebada; eso decía, y decía con razon, que no le entraba mucho; aunque yo creo que no le entraba por angosturas de su entendimiento.

Justicia de enero, toda proyectos, dice un adagio; y ¡qué verdad es! Viéndose el marqués todo un director de liceo, que equivale á hombre de campanillas y sabihondo por contera, porque los liceos son nidos de genios, tras no pocas noches pasadas con los ojos de claro en claro, con la imaginativa de turbio en turbio, discurrió dar impulso al naciente *foco de luz*, con que se alumbraría aquella gente, que andaba á la sazón, la misera, sin un candil tan siquiera de ilustración. Al colmo llegaron los apuros; pero lo consultó al secretario del liceo, que éralo también del ayuntamiento, y espedito y hombre de ciencia; tiráronse los dos al colete los periódicos de Madrid en busca del rayo de luz que había de encender la preparada leña, cuando cátese que tropiezan con una gaceta en que se ponderaba —el inmenso interés de las lecciones de derecho público que *pronuncia* en el liceo el eminente publicista D...—

Leyó el secretario el *suelto* con grande algazara, pidiendo albricias, y propuso al marqués *incontinenti* el imitar á los madrileños, que eran en su leal entender, como quien dice la cabeza de aquel magnífico monstruo de sabiduría, cuya cola iban ellos á componer y aderezar. La ocasión de lucirse era llegada, y hombres de prendas como el alcalde y el secretario, no deben de temer los obstáculos en lo que frisa y atañe á la honra. ¿Qué dirían las gentes si con liceo y todo no *brota*se un orador, aunque no fuera sino al sumo, al sumo, para dar jaque á Demóstenes?

Las ideas, antes de ahora, han sido siempre hijas de los genios; pero como en esto de engendrar y de nacer hemos adelantado tanto, casi todos los genios son ahora hijos de las ideas. Así el secretario, que tuvo la tan feliz consabida, concibió al momento otra que no le pareció desgraciada, y en el

punto y sazón en que el marqués, rascándose la matriz de sus cabellos, donde soñaba tener la de su inteligencia, discurre en buscar un hombre como aquel filósofo de la linterna que parodian los serenos, le dió el tal secretario una palmada en el hombro con cierto airecillo petulante, y díjole de buenas á primeras:

—¿Qué á mí toda dificultad? ya tenemos catedrático. Puso el gozo al alcalde demudado; pero incontinenti meneó la cabeza, como aquel que oye hablar de justicias ministeriales.

—Yo lo seré, prosiguió diciendo el catedrático con entusiasmo homérico; no ponga su merced la cara mofadora, que esto ha de ser, aunque yo me devane los sesos con los libros. Así como lo voy reflexionando maduramente, se me alcanza mas y mas que el caso no es tan peliagudo como se nos antoja por lo atrasadillo que andamos. En el día todos los hombres que tienen dinero pueden ser sabios, pues no hay sino comprar los libros que de diez años á esta fecha se imprimieron, y cate su merced ahí á toda la ciencia como diciendo «comedme!» al mas bolo.

—Pero damos en nueva dificultad, murmuró el alcalde receloso; V. no tiene todos los libros de que necesita, y el liceo, aun cuando en lo futuro reuna su biblioteca, que yo lo determino, no está en disposición á lo presente...

—Basta, basta, que se ahoga su merced en saliva. ¿A qué viene eso? Yo me basto y me sobro aquí y en Flandes. No parece además sino que las cosas del mundo hayan de ser precisamente de esta ó de la otra manera. Quien dice todos los libros, dice un libro; quien dice todas las ciencias, dice una ciencia. Tengo una *Historia Romana*, flamante, nuevecita, que aunque murmuran si está sino está en francés todavía, yo la entiendo, y soy castellano puro y hablo castellano de lo puro. Sin decir algo de Roma no nos podemos pasar. Roma sé yo muy bien de oídas y de mi propio caletre que es el origen de todo, el Adán, vamos al decir, de estas tierras de por acá abajo adonde el sol se pone. Sin Roma no hay tu tía, no hay nada, porque *sublata causa tollitur effectus*, como dice el cura D. Tomás. *Sublevada la casa, ¡adios mi dinero!* (que es traducción libre, libérrima). Sobre la *Historia Romana* le pediré al escribano *Las Siete Partidas*, y como estudié latín, y con libros se sabe todo, yo daré mis lecciones de derecho público, que según su amo, *Las Siete Partidas* rezan del derecho, y en cuanto á lo de público, ellas se han publicado, que huelen á imprenta todavía, con que mire su merced si serán públicas.

—Todo está muy en razón, repuso el marqués enteramente vencido de la elocuencia de su secretario; solo nos falta dinero para las luces, porque las lecciones serán de noche, ó no serán públicas, si ha de acudir á ellas la gente que por el día anda ocupada en sus labranzas.

—Claro es, y corre de mí cuenta lo de la luz; aunque se me hace algo durillo, cuando voy á alumbrar á las masas, pagarme yo mismo las velas de sebo. Váyase todo, sin embargo, por la fama, que de seguro me recompensará largamente, si ahora no, allá cuando Dios sea servido. Harto bien dicen que la humanidad es ingrata y paga todo lo mas en epitafios y mausoleos, como si el mármol fuera el comestible de los difuntos.

El marqués volvió á quedarse pensativo, lo que hizo al secretario estar en brasas hasta que le oyó decir:

—Otro obstáculo se me acuerda. Todo nos contraría.

—¿Qué obstáculo es ese?

—La casa, amigo mío, la casa.

Este golpe anonadó á su interlocutor; pero como ya iba teniendo genio, á los pocos minutos estaba zanjada la dificultad.

—¿Me autoriza su merced, le dijo, para hacer un empréstito... casi forzoso?

—¿De qué manera?

—Ya la imaginaremos. El título de socio algo ha de costar; que lo que algo vale algo cuesta. Luego hay otros arbitrios, ó se discurren... ya verá su merced. Oh! su merced será el Mecenaz de este Horacio, tan flaco que se quiebra de puro sutil. ¿No sabe su merced quien era Mecenaz? un favorito del emperador Augusto.

—¿Y Horacio? repuso el marqués.

—Un poeta á quien llamaban por burla el flaco, porque sus libros eran gordos como misales.

Quedó el marqués tan orgulloso de su secretario, que no tuvo ya inconveniente en adelantar de su peculio los maravedises que costó la mesa y el tapete verde, que iban á ser oriente del sol regenerador de tan dichosa comarca.

II.

Inauguróse el liceo con desusada pompa. Prestó el escribano *Las Siete Partidas* á nuestro buen secretario, porque saliera airoso de su empeño y diese mayor lustre á la inauguración, ingiriendo en el discurso que dijo el alcalde, locuciones castizas y añejas, como *nascere in buen hora, víeneme á las mientes remembranza*, y aun añadir algo de los *ricos-homes* de la villa, todos presentes á la ceremonia con sus guantes nuevos de algodón blanco, sus camisas almidonadas, y unos arcos sobre el lomo parecidos á fraques desde cerca. No faltaron versos, porque no podían faltar razonablemente en tierra de garbanzos: años atrás, cuando el diluvio de las poetisas, cayó una en aquel pueblo, con que no había función sin tarasca, ni boda sin epitalamio aderezado entre col y tocino, ni bautizo sin seguidillas imaginadas al dar una vuelta al puchero, ni muerte sin su elegía, compuesta entre escobada y escobada, entre el remiendo de una camisa y el contra-punto de un calcetín. En la inauguración del liceo se escedió la Safo á sí misma, como era natural, y si no decimos lo que ella dijo en sus trovos, es por aquello de

Forsé altri conterà con miglior pletro.

Suprimieron las sillas del comedio del salón, después de los aplausos por supuesto, y al son de los dos violines y el bombo de la orquesta danzaron al gusto del día los mancebos y las jóvenes.

Sumarian en todo los vecinos de la villa casi quinientos, y como españoles honrados y pacíficos no podían hallarse humanamente sin tropas que velaran por su salud: lo que vale como decir que los tres oficialitos del destacamento eran los héroes de toda función. El traje de paisano no manifiesta á

coup sur ningun valor intrínseco. Desde que el frac, ese raseró que ha ocasionado tantas revoluciones, y que al fin completará su obra sin que nadie lo repare; desde que el frac, repetimos, niveló en el orden social al plebeyo con el magnate, ha venido á ser el paisano como esas verbas insignificantes cuyas virtudes ó maleficios solo es dado descubrir al botánico mas observador y profundo. Pero una casaca de dos colores y unas charreteras de oro, mancas ó cojas, van pregonando á gritos desde quinientos á mil reales en cada un mes, sin los gajes y afealdas de que habla el capitán Gerardo Lobo en sus versos largamente. Este pregón convence á las mugeres mas que un tratado de lógica, y les es como la gramática de Carrillo para traducir el *Ars amandi*.

Métome en hacer esta reflexion, quizá taimada, por el gusto de decir, como digo, que sin el recuerdo de que al día siguiente iban á comenzar sus lecciones de derecho público, de fijo se desesperara el secretario, cuando vió á su novia, la poetisa, baila que baila toda la noche con un oficial, sin dársele un ardite de las fulminantes miradas del futuro civilizador.

(Continuará.)

VICENTE BARRANTES.

Mirabeau y Lavater.

El famoso tribuno, que habia desertado de las filas de la aristocracia para impulsar la revolucion francesa, no creia en la ciencia de Mesmer, de Cagliostro y de Lavater: aborreía de todo corazon á los brujos, y aseguraba que el último de los tres citados habia llegado al mundo con tres siglos de atraso.

Mucho costó á Mercier disuadirle de su idea, ó mas bien obligarle á que fuese á buscar su desengaño á casa del mismo Lavater.

—Estais loco, amigo mío, contestóle Mirabeau. ¿Qué queréis que pregunte yo á ese hombre, que no me conoce, y á quien en mi vida he visto?

—Quiero que hableis con él.

—Hablaré, si tal es vuestro deseo; pero no de cosas que tengan relacion con la brujería.

—Corriente.

—Porque yo no creo en brujos.

—Ya lo sé.

—Ni en Lavater.

—Convenidos.

—Ni creo tampoco que Lavater sea brujo.

—Por supuesto.

—Conoce las estrellas: hé ahí su ciencia.

—En efecto.

—Y sabe sus nombres, lo mismo que yo.

—Exactamente.

—¿Os burlais?

—No: quiero que veais á Lavater.

—Ahora ha de ser, y voy á confundirle delante de vos mismo, para que no volvais á ponderarme sus estupendas profecías.

Echaron á andar los dos amigos y se dirigieron á la casa que habitaba Lavater, quien solo hacia dos dias que habia llegado de Suiza, y se encontraba por primera vez en París.

El conde de Mirabeau entró el primero en su gabinete y le dijo con imperioso acento:

—Vengo á saber si sois capaz de adivinar quien soy. Si no lo decidís, publicaré por todas partes que sois un charlatan.

—Caballero, le contestó Lavater, bien pudierais mostrarnos mas atento.

—Señor brujo, yo soy muy franco...

—Yo tambien. Sois un hombre que atesora todos los vicios y que nada hace para corregirlos, señor conde de Mirabeau.

—¿Qué tal? preguntó á este Mercier cuando se retiraban.

—Creo, respondió Mirabeau, que si no son para dichas todas las verdades, tampoco son para preguntadas.

PESADILLA.

(Conclusion.)

Rie el Angel malo; vela el Angel bueno su rostro con sus celestes alas, suena un tiro... Suicida! ¿qué has hecho de tu alma?

Sigue la Muerte su marcha, y sigue arrastrándome la vision.

Llegamos á una calleja. De una casa de repugnante apariencia salen voces vinosas y cantares de la gente del pueblo: oyense palmadas y el choque de los vasos: es una taberna. De improviso se destacan del grupo diabólico de que formo parte, los demonios de la Embriaguez y de la Ira, y penetran en la taberna. Pronto á los cantos suceden los juramentos, á las palmadas y á los brindis el ruido de golpes, y de vasos y botellas rotas, y dos hombres salen de la taberna con una navaja en la mano. ¿Qué furia los agita? ¿Por qué pelean, por qué ansian matarse? Preciso es que medien entre los dos odios inestinguibles, rencores profundos. Pues nada de eso: eran amigos hace pocas horas; habian bebido juntos, habian brindado por su mutua felicidad. Pero uno de ellos, ya medio ebrio, pronunció una palabra ofensiva á su amigo; este le vació el vino de su vaso sobre el rostro, aquel le dió una bofetada... Y la Ira y la Embriaguez se apoderaron completamente de ellos.

Al verlos salir la Muerte empezó á cernirse sobre sus cabezas. El Angel de las tinieblas se frotó las manos de alegría: el Angel bueno se dirigió hácia los combatientes.

—Cesad, oh hombres! les dijo: ¿por qué peleais tan encarnizadamente? Os creéis mutuamente ofendidos, cuando vosotros sois los que ofendeis á vuestra razon y al buen sentido. ¿No erais amigos ahora poco?

—Pero median entre vosotros ofensas que ningun hombre de corazon debe olvidar, les grita el Angel malo; ofensas que piden sangre.

—No le creais, infelices! sobre todo acordaos que teneis esposas é hijos.

La furia de los que riñen parece que cede: el Angel bueno se anima.

—¿Qué será de vuestros hijos sumidos en la orfandad!...

—Locura! le interrumpe el réprobo despechado. ¿Qué importa todo cuando se trata de satisfacer una venganza? Y qué se diria de vosotros mañana?... ¿Qué habiais tenido miedo, que os habia asustado la sangre, que sois, en suma, unos cobardes!

Renuévase la riña con mas furia; corre la sangre por multitud de heridas.

—Son míos, míos! grita el Angel malo.

—¿Quién protegerá á vuestras mugeres y dará pan á vuestros hijos? repite el Angel de luz. ¿Y qué será de vuestras almas cuando os pregunte el Eterno: Cain! qué has hecho de tu hermano Abel?

La voz del Angel halla eco en uno de aquellos dos hombres, que arroja el arma al suelo.

—Mátame si quieres, dice á su contrario; yo no te heriré mas, porque tienes como yo muger é hijos.

Y brilla una lágrima en los ojos de aquel hombre.

Ruge el réprobo; ve que se le escapa una presa, y furioso impele todas las malas pasiones contra el que todavía tiene subyugado. La obra del infierno se cumple: el asesino se arroja sobre su víctima... ¡La guadaña de la Muerte toca al desgraciado, que cae pronunciando el nombre de Jesús!

El Angel bueno recibe su alma para presentarla á los pies del Eterno. La Muerte quiere ser justiciera, y hiere tambien al otro, que cae exhalando su último aliento en una blasfemia.

La Ira ha sobrevivido á la Venganza satisfecha. Las malas costumbres y la falta de educacion han quitado dos individuos á la sociedad, dotándola con algunos huerfanitos mas...

Hállome en otro teatro: voy á presenciar una nueva escena de muerte. La víctima se halla en su lecho. Es jóven; y ¡qué hermosa, no obstante estenderse ya sobre sus correctas facciones la palidez de la Muerte! Angel bueno, salva, salva su alma!

—¿Con cuánta avidez se precipita á su lado el Angel caído!

—No me la arrebatarás, dice el Angel bueno, no: harto tiempo la he dominado para que vaya á cedértela.

—Miserable! le contesta el Angel de luz, ¿qué podrás tú contra los decretos del Altísimo?

Riese el réprobo, mas llama en su auxilio á toda la diabólica legion.

—Ya lo ois, le dice, espera salvarla.

Contéstale una carcajada sardónica.

—Salvarla! ¡y yo puse en ella el ansia inmoderada de gozar!

—Salvarla! cuando yo le dí la pasion desenfadada del lujo!

—Y yo la incité á impúdicos placeres.

—Y yo adormecí su conciencia.

—Yo la hice fatua.

—Yo coqueta insensible.

—Yo le sequé el corazon.

—Mia! es mia! esclama el Angel malo.

—Tuya! tuya! grita el coro frenético.

—La misericordia del Eterno es mayor que tu maldad, réprobo. Acuérdate de Magdalena.

—Tan jóven y morir! esclama la pálida belleza. Ay! ¿por qué morir cuando el mundo me brindaba tantos placeres?

—Mayores te esperan en el cielo, dice el Angel bueno.

—No lo creas, contesta el Angel malo; lo seguro es lo del mundo.

—Morir, y dejar de ser adorada!... ¡Morir y no gozar de mi triunfo viendo humilladas á mis rivales!... las odio.

—Es mia! repite el Angel caído.

—Todavía no, Satan. Pobre muger! ¿qué es tu belleza de ahora comparada con la celestial é imperecedera de que te verás adornada? ¿Qué son estos goces falaces, con los perdurables que te aguardan?

—¡Mentira! grita el réprobo; después de la vida no hay nada mas que polvo, podredumbre...

—¡No quiero morir! esclama ella.

—El justo no muere, renace en el cielo á mejor vida. ¿Con cuántos sacrificios no has pagado esos goces?...

—Es verdad, le interrumpe la moribunda. Por gozar he hecho de mí vil mercancía... ¡Ay! yo era adulada, pero no respetada. Y en mis horas de desaliento, ¡cuánto he envidiado á la virtuosa jóven, á la modesta madre! Pero ahora...

—Puedes disfrutar los goces de la virginal doncella, de la buena madre. ¡Si supieras cuán grande es la misericordia de Dios!

—¡Te engaña, te engaña! ruge el Angel caído: tu hermoso cuerpo será pasto de inmundos insectos... Y tus rivales, que tanto te temian, hollarán tus cenizas.

—¡No quiero morir!...

—¡Pero, desgraciada, vas á perder tu alma por toda una eternidad!

—¡Ay! la eternidad... Dios... mi madre me hablaba de Dios... pero yo...

—Pues bien, tu madre te aguarda en el cielo.

—¡Mi madre!... ¡Ay! si no hubiera muerto mi madre... Pero yo he sido una gran pecadora: mi madre me rechazaría.

—Tu madre te recibirá como al hijo pródigo.

—Bendito seas tú que me hablas así... ¡Madre mia! ¡Dios mio! Acércase la hora terrible. Satan se revuelve y se agita lleno de furor.

—¡Imbécil! le grita; tu amante preferido se halla pronto á arrojarse en brazos de otra. ¡Se rien de tí! En este momento se burlan de tu belleza, y dice tu rival, que es falsa... falsa, porque en tí todo es fingido...

—¿Qué dices?... ¡Mi rival!... Pero, ¿qué me importa ya el mundo? Si, falso es en mí todo. Pero mi madre me aguarda... ¡Cuán santo y dulce es el cariño de una madre! Todo lo perdona... ¡Y Dios tambien!... ¡Madre mia! ¡Dios mio! pequé, tened piedad de mí...

El rostro de la pecadora se va cubriendo de una calma celestial. Dulcemente va estinguéndose la luz de sus ojos. El pudor de la inocencia parece vuelve á estender sobre ella su albo manto.

Satan quiere hacer un postrer esfuerzo; pero el Angel bueno estiende hácia él su poderoso brazo. Cubre á la pecadora arrepentida con sus alas de oro y azul; suena la hora fatal, y un dulcísimo suspiro, como el suspiro de un niño, responde al golpe de la Parca.

El Angel bueno canta su triunfo: el Angel malo blasfema.

Sigue la Muerte su marcha, y sigue arrastrándome la vision.

Estoy en un pobre aposento, cuyas paredes están desnudas. Ha desaparecido la turba infernal. Solo me acompañan el Dolor, el Pesar y la Miseria; la Muerte, el Angel de la luz y el Angel de las tinieblas.

La reducida habitacion está alumbrada por la exigua luz de una lamparilla: sobre un miserable jergon yace un hombre agonizando. A su cabecera está arrodillada una pobre muger ahogándose en su pena: en torno de la cama, cuatro niños, cuatro ángeles, de rodillas también, y con las manecitas cruzadas, lloran, porque ven á su madre llorar, y porque presienten una gran desgracia.

La Muerte se mece sobre la cabeza del moribundo: el An-

Deshácese los niños en llanto, y entre sollozos balbucean una plegaria.

¡Cuánto sufre el moribundo! Sufre tanto que los dolores del alma acallan los dolores del cuerpo.

El Angel réprobo hace un esfuerzo y se acerca al infeliz para soplarle en sus últimos instantes el aliento de la desesperacion; pero el Angel bueno acude á su auxilio con el divino soplo de la esperanza y de la fé. Sosiégase el enfermo, y una calma celestial baña su rostro.

—No lloreis, hijo mio, esposa mia! la misericordia de Dios es infinita, y no os desamparará; ábrense á mi vista nuevos horizontes, y veo que la bendicion de Dios será con

víctima... y batallo y me resisto... Pero la vision puede mas que yo, y el huracan me lleva. ¡Qué carrera tan infernal! ¡qué espectáculo tan espantoso!

Por todas partes víctimas, por todas llanto y luto. Hace víctimas la política; hácelas la ambicion, la codicia, el afan especulador; hácelas la avaricia, el ánsia de los placeres, el deseo de figurar. En todas partes no veo mas que luchas, que no por ser sordas y ocultas, son menos mortíferas, menos sangrientas. ¡Y qué repugnante papel hace en todas ellas la hipocresia! ¡Ay! en el cadalso, en las plazas, en las calles, en los campos, en los mares, en todas partes muertes, muertes!... ¡Han llegado por ventura todas esas criaturas al lí-



ESCENAS DE PARIS.

La hora de entrada en el Hospital.

gel malo, con el rostro sombrío, no se atreve á acercarse á él; también se mantienen apartados, y como pesarosos de su obra, el Pesar, el Dolor y la Miseria: el Angel de luz corre al lado de la víctima.

La infeliz esposa, la desventurada madre espia con una ansiedad cruel los movimientos del moribundo. Abre este los ojos.

—¡Me muero! dice; solo siento morir por tí y por mis hijos: ¿qué será de vosotros, almas de mi alma?...

—¡Dios mio! esclama la pobre muger con un acento desgarrador: ¡tomad mi vida y conservad la suya! Hijos de mi corazon, pedid á Dios que le dé salud á vuestro padre.

vosotros. ¡Recibid la mia!... ¡Dios mio... no los desampareis!...

La inexorable guadaña ha herido al justo. El Angel de luz entona un himno de gloria: el Angel de las tinieblas ruge y esclama frenético, señalando á la viuda y á los huérfanos:

—Pero esos serán mis víctimas! ¡Oh, la miseria! la miseria también acarrea los vicios.

—Huye, réprobo, le responde el Angel bueno poseido de santo furor; el poder del Eterno es mayor que tu maldad, y las súplicas de un padre moribundo hallan gracia ante él. Dios velará por la viuda y los huérfanitos...

No puedo mas; temo que la Muerte me haga también su

parte de la vida que debieran alcanzar? ¿No la acertáis vosotros, oh hombres, con vuestros excesos, con vuestros crímenes?...

—Pero, soldadme ya, visiones horribles! ¡soldad, soldad! Y hago un desesperado esfuerzo, un esfuerzo gigantesco... En efecto, despréndense los lazos que me sujetaban, y caigo rápidamente desde la region de las nubes... Al mismo tiempo siento que me llaman por mi nombre... Abro al fin los ojos: la vision ha desaparecido!

—Oh qué horrible pesadilla has tenido! me dice mi esposa.

—Es verdad, le contesto, ha sido horrible. Y añado para mí: pero, ¿será verdad?

S. CASILARI.

REDACTOR Y PROPIETARIO, DON ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS.

Oficinas y Estab. Tip. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26.